MONSTRORUM ARTIFEX

[Doce relatos desde y hacia el espanto nacional]

Alexis K., Luis Alexander, Ana María Rivas, Ilich Rauda, Georgina Vanegas, Walter Meléndez, Luis Contreras, Dany G. Díaz Mejía, Josué Andrés Moz, Hugo G. Sánchez, Paty Trigueros, Ricardo Hernández Pereira

San Salvador, 2021

Otros panfletos antológicos publicados
por TRICHINOBEZOAR PRODS.

HISTORIA NATURAE

[Tres relatos desde y hacia la profundidad nacional]

INCIPIT COMPENDIUM VOL. I

[Muestrario nacional de inicios]

Este panfleto antológico
está limitado a 25 copias
numeradas.

Esta copia es la

No. _____

ÍNDICE

El palacio interrumpido

Alexis K. - Pág.

Tanatoestética

Luis Alexander - Pág.

Operación

Ana María Rivas - Pág.

El comegatos

Ilich Rauda - Pág.

Ella

Georgina Vanegas- Pág.

Procedimiento

Walter Meléndez - Pág.

Tormentas de mierda

Luis Contreras – Pág.

Fin del mundo en octubre

Dany G. Díaz Mejía - Pág.

Japi Awer

Josué Andrés Moz - Pag.

El agrio olor de tu piel

Hugo G. Sánchez -

Pág.

La boda

Paty Trigueros - Pág.

Simbiosis

Ricardo Hernández Pereira – Pág.

Como en toda relación satisfactoria, el artífice del horror y quien lo consume se identifican entre sí. De esta manera, el lector enfrenta los horrores que merece, aquellos que comprende. Porque, a pesar de la intuición popular, lo incomprensible es incapaz de horrorizar.

Y ese es, entonces, el único consuelo: que alguien comparte contigo la misma desolación y ha hecho con ella una obra de arte.

Thomas Ligotti

Palabras Preliminares

Este es, sin lugar a dudas, el mejor de todos los panfletos antológicos que ha publicado la TRCHNBZR hasta la fecha.

Sin embargo, creo que ha habido algún tipo de confusión, porque lo que les pedimos a los narradores, como todos los octubres desde hace casi catorce años, fue que elaboraran una historia clásica de terror, con creaturas de ultratumba, castillos lúgubres, aullidos en la distancia y amenazas ocultas entre las sombras, pero los participantes parecen haberse puesto de acuerdo y decidieron salirse del molde tradicional de este subgénero literario.

Algo hay de inquietante, por ejemplo, en los matices lovecraftianos de **El palacio interrumpido**, *escrito por Alexis K., pero el autor olvida por completo la parte del subtítulo de este panfleto donde se lee "nacional" y nos ofrece una historia de sueños y traiciones ambientada en el medioevo escandinavo. ¿Cómo podemos identificarnos los lectores salvadoreños con este relato en el cual amigos y enemigos se unen para derrocar a un rey cuyos caprichos y desplantes podrían llevar a la ruina a una nación? El terror de esta historia indudablemente sería*

mucho más efectivo si K. lo ubicara en un lugar y un tiempo menos lejanos.

Los relatos de Ilich Rauda y Hugo G. Sánchez, en cambio, exploran los límites de la miseria y la violencia en un contexto hondamente nacional y urbano: en **El comegatos**, *Rauda describe el horror de quienes viven en los márgenes de la sociedad, los más vulnerables y desprotegidos, siempre a punto de ser engullidos por la voracidad de un mundo indiferente, de un mundo que sabe que sus ausencias no cuentan, así como nunca contaron sus presencias; en* **El agrio olor de tu piel**, *Sánchez narra, con el registro linguístico más auténtico que hemos visto en los últimos años, una intensa y cruel historia que alterna entre la voz interna de la mujer de un pandillero y escenas cotidianas de sus vidas que a un extranjero podrían parecerles hiperbólicas o fantásticas. Ambos autores en ningún momento convierten a sus personajes en caricaturas y, en el centro de esas vidas atroces, todavía podemos encontrar atisbos de la ternura que este país aún no les ha extinguido por completo.*

Locales y cotidianos son también los múltiples horrores que podemos encontrar en **Japi awer**, *de Josué Andrés Moz:* call centers, *embarazos no deseados, bares de mala muerte, drogadicción, quirófanos clandestinos y alcoholismo. Nadie ignora que Moz es, primeramente, un poeta y, por lo tanto, la mayoría de estos temas son su pan de cada día, pero sin duda la vida bohemia y los*

derechos de las mujeres deben parecerle terroríficos a más de un conservador. El relato utiliza un estilo más bien cinematográfico y se rumora que pronto aparecerá en forma de plaquette, *incluyendo un CD con el* soundtrack.

El horror clínico continúa en las historias **Operación** *y* **Tanatoestética**, *escritas por Ana María Rivas y Luis Alexander, respectivamente. En la primera, Rivas examina la incertidumbre y la angustia de una persona a punto de recibir una intervención quirúrgica: ¿Resistiré la anestesia? ¿Se abrirán de nuevo mis ojos? ¿Qué encontrarán los doctores en mis entrañas? (imaginar este relato en el contexto del sistema nacional de salud le añade un nivel más de horror:* Otra vuelta de tuerca, *como diría James). En la segunda, Alexander aborda los terrores cotidianos de trabajar en una funeraria: la pulsión constante entre la vida y la muerte, las implicaciones del monólogo de Hamlet ante el cráneo de Yorick, la cantidad correcta de rímel que se le debe aplicar a ciertos rostros inertes... Sin embargo, revelar más acerca de lo que ocurre en esta ingeniosa historia sería acaso perjudicial para la revelación gradual de sus macabras sorpresas.*

Si la naturaleza inevitable de la muerte individual es una fuente continua de horror, la posibilidad de una extinción colectiva y absoluta debería incrementar exponencialmente ese sentimiento. Esto es lo que plantea

Dany G. Díaz Mejía en **Fin del mundo en octubre**, *relato en el cual confluyen las supersticiones religiosas, la vulnerabilidad de la región centroamericana, los fenómenos meteorólogicos y la lucha de los habitantes de un pequeño pueblo hondureño contra una fuerza destructiva de magnitud casi sobrenatural. Siguiendo el tema apocalíptico, Luis Contreras...*

La muerte y la violencia tampoco le son ajenas a la trama aparente de **Procedimientos**, *escrito por Walter Meléndez, pero el terror de su trama secreta proviene más bien de lo que Calderón de la Barca ya debatía en el siglo XVII: ¿ Es la vida una ilusión? ¿Y qué es la muerte entonces? ¿Podrían un millón de muertes conformar una patria de desilusión? La textura porosa de la realidad parece obsesionar a Meléndez y, por lo tanto, los procedimientos del título podrían referirse tanto a protocolos detectivescos como a técnicas narrativas novedosas.*

Finamente, los autores Georgina Venegas, Paty Trigueros y Ricardo Hernández Pereira, nos recuerdan que no existe nada más espeluznante y abominable que el amor: la mirada panóptica de Trigueros en **La boda**, *que desplaza su objetivo de personaje a personaje, como si bailara entre recuerdos, culpas, frustraciones y fantasmas con los demás invitados a la fiesta o ritual del título, en busca de una redención que acaso no podrá encontrar; la exploración de Venegas, en su cuento* **Ella**,

de los límites y las diferencias entre las expectativas y el desencanto, entre el deseo y la posesión, entre lo que fuimos y lo que seremos, como si nos ahogáramos en el río de Heráclito, que nunca es igual a sí mismo; la descripción de la disolución completa de las identidades de la pareja, la confusión tanto de carnes como de conciencias, el desborde de los instintos primitivos por encima de las normas sociales de conducta, en el relato **Simbiosis**, *de Hernández Pereira.*

[...]

Lic. Enrique Lunde

[EL PALACIO INTERRUMPIDO

Alexis K.]

Hroghtar es un buen rey, de acuerdo a los criterios de la época: despiadado con sus enemigos, a quienes arrasa con violencia, y generoso con sus aliados, a quienes regala anillos y brazaletes de oro en los festines. Sus vecinos le temen y sus súbditos, además, lo respetan. Hrothgar está casado con Hildebruh, princesa de las islas frisias. Este matrimonio es un arreglo político que asegura la paz entre daneses y frisios, luego de muchas décadas de sangre. Sin embargo, su relación no está exenta de felicidad o, por lo menos, de momentos felices.

Desde hace unos cuantos años el rey dedica la mayor parte de su tiempo a la construcción de un nuevo Palacio, obra que ha completado, acaso, en una tercera parte. Las noticias de su majestuosidad incipiente, no obstante, ya recorren los territorios vecinos, inspirando envidia y admiración a partes iguales.

Inevitablemente, también hay algunos rumores al respecto.

Se habla, por ejemplo, de obreros quienes, luego de negarse a seguir trabajando en la construcción del Palacio, habían sido ejecutados. De un huésped ilustre quien, al regresar a su nación, fue incapaz de describir lo que vio de la obra y, pocos días después, enloqueció. De nacimientos de animales deformes en las granjas del reino. De la aparición de dos lunas rojas en el cielo

nocturno. De un árbol milenario repentinamente ennegrecido y seco.

Hrothgar, sin embargo, no les da demasiada importancia a estas habladurías. Acerca de su mismo origen, después de todo, existen múltiples leyendas. Su favorita es la que narra cómo un barco encalló en la costa, sin ninguna tripulación excepto un niño recién nacido —él mismo, el futuro rey— acostado cerca del mástil, en medio de escudos, espigas de trigo, collares, espadas, anillos y lanzas.

Ante el horror esencial del mundo, piensa Hrothgar, el pueblo se cuenta historias que lo explican o justifican, porque la mentira siempre es preferible al caos.

Un invierno, Finn —príncipe de los frisios y hermano de Hildebruh, es decir: cuñado del rey— visita el reino de Hrothgar, acompañado de sesenta peones y criados. Las relaciones entre daneses y frisios eran tensas aún, porque los muertos de ambos lados habían sido numerosos y el tiempo transcurrido desde entonces era poco. Sin embargo, existe la buena voluntad, tanto por parte de Hrothgar como de Finn, de mantener la armonía que exige su condición de cuñados.

El rey danés, por tanto, celebra la llegada del príncipe frisio con el festín que imponen las normas. Fatigan el dulce vino de incontables barriles. Devoran

las carnes suculentas de docenas de cerdos. Cantan y bailan canciones viejas que hablan de héroes y de sus hazañas.

Todos, frisios y daneses, se encuentran reunidos en la sala principal del palacio viejo. Alguien dice que la sala del nuevo Palacio será tres veces más grande, seis veces más cómoda y nueve veces más llena de esplendor. En esa mesa y en las mesas cercanas cae un silencio profundo que se disipa hasta que los juglares inician una nueva canción.

Como era su costumbre, y para indicar el fin de la celebración, Hrothgar reparte anillos y brazaletes dorados entre todos los asistentes. A los extranjeros les da cierta prioridad en la repartición, como muestra de su cortesía y magnanimidad.

*

Hrothgar, unos meses antes de la llegada de Finn, había ordenado la ejecución del sacerdote cristiano del reino. Hacía ya décadas de la conversión del rey al cristianismo. Esta incluía, también, la de todo el reino, porque la salvación no era individual sino colectiva y se extendía de forma automática al pueblo a través de sus monarcas. Aceptar un dios más, por otro lado, no era un problema cuando se adoraban muchos dioses.

Hrothgar y el anciano sacerdote se apreciaban mutuamente. El rey veía al clérigo no sólo como un representante del Dios del desierto, sino también de la

cultura romana, a la cual admiraba grandemente. El clérigo, por otro lado, se sentía a gusto en la corte del rey y procuraba mantenerlo contento, enlazando laboriosamente a Hrothgar, tanto con los dioses paganos del panteón escandinavo, como con los patriarcas judíos de la Escritura.

No obstante, una noche el sacerdote enfrentó al rey exigiéndole que detuviera la construcción del nuevo Palacio. Lo acusó de recibir las instrucciones para su elaboración a través de visiones o de sueños cuya procedencia era acaso infernal. Le explicó, desesperado, que acaso la misma existencia del Palacio en este mundo era una ofensa a Dios.

Antes de ordenar su ejecución inmediata el rey le recordó al sacerdote que en la Biblia un navegante había recibido, también en sueños, las instrucciones precisas para la construcción de un barco que salvaría a toda la humanidad.

*

Después del festín en honor a Finn, ya en sus aposentos, al lado de su esposa, el rey Hrothgar no puede dormir. Quizás ha comido y bebido demasiado. Quizás, también, teme soñar.

Deja en la cama a Hildebruh y sale a pasear por el largo pasillo exterior que une los balcones del viejo palacio. Todos duermen y el silencio es total. La luz de

la luna es intensa y permite perder la vista en el horizonte.

Hrothgar siente el peso de sus años y vislumbra el final de su vida: su cadáver sujeto al mástil de un barco, en medio de armas y joyas, acompañado de sus perros favoritos; sus hombres más leales empujando el barco al mar, luego de haberle prendido fuego.

Por fin regresaría, entonces, al lugar de donde había venido, según la leyenda. ¿Pero cuándo?, se pregunta Hrothgar: ¿Antes de terminar de construir el nuevo Palacio? ¿O después?

Un resplandor intenso en la distancia corta sus pensamientos. Hrothgar imagina el ataque de un dragón, un bosque incendiado, un amanecer súbito. Pronto comprende que el resplandor es la luna repetida en las espadas y los escudos y las armaduras de los sesenta frisios que ha hospedado en sus pabellones y que ahora se acercan marchando.

A Hrothgar le parece, mientras retrocede y da gritos de alarma, que los frisios usan máscaras que les anulan por completo los rostros, pero le adjudica esa ilusión a la lejanía, al miedo o a la sorpresa de la traición.

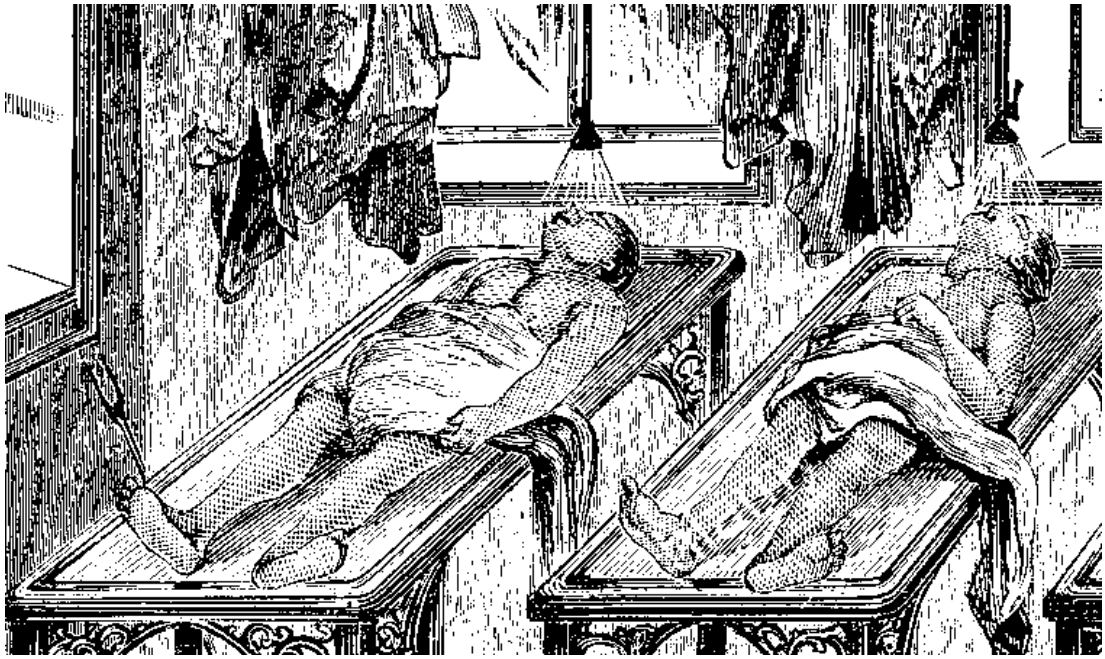
El rey regresa a sus aposentos, rodeado de los ruidos de la batalla. Golpes de metal sobre rígido metal o sobre blanda carne. Alaridos de dolor y alaridos de furia. Llantos, súplicas. Desea poner a salvo a su

esposa, tomar su espada y su escudo, salir a pelear junto a sus hombres. Pero en su recámara ya lo esperan Hildebruh y Finn, armados de largos puñales que brillan con la luz de la luna; resplandor que, minutos después, la sangre del rey ya oscurece por completo.

*

A la mañana siguiente todavía ardían los cimientos del Palacio y los hombres y mujeres que interrumpieron su construcción rodeaban, cantando, sus ruinas humeantes. La mayoría eran frisios, pero también había varios daneses entre ellos. Finn abrazaba a su hermana y la escuchaba sollozar, mientras ambos cantaban una melodía monótona.

[TANATOESTÉTICA



Luis Alexander]

Con el mayor cuidado posible, Raquel cerró la puerta de servicio tras de sí. Habituada a una vida discreta y silenciosa, en los tres años que llevaba trabajando en ese lugar no se había acostumbrado al chirrido de la puerta por la que ingresaba por la noche y se iba por la mañana. Con agrado respiró el aroma a pintura nueva, pues esa tarde habían pintado el pasamanos de la escalera.

Tardó un par de segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Subiendo un escalón a la vez y con los antebrazos ligeramente alzados a sus costados como si fuera una diva de cine, esquivó los muebles viejos que habían sido apilados a lo largo de la escalera junto a la pared. Luego de veinte pasos alcanzó el rellano. Se asomó por una ventanita de vidrio en la puerta. Su compañero recogía unas sábanas y las ponía en una cubeta. Entró. Sin decir nada le asintió al joven, quien se retiraba.

Pasó al lado de las tres planchas de lavado, de las cuales dos estaban ocupadas. Fue al espejo que colgaba de la pared cubierta de azulejos al fondo de la sala. Se miró un par de segundos, de lado derecho, luego del izquierdo. Sonrió. Su cara estaba serena, sin maquillaje.

De su bolso sacó una bata cuidadosamente doblada y se la puso. Luego cogió un par de guantes de un armario metálico, sobre el que reposaban varios

frascos de aromas fuertes, para terminar de equiparse. Extrajo del armario una gran caja de plástico en la que guardaba sus cosméticos y volvió al centro de la sala.

Sobre la plancha desocupada colocó su caja de herramientas y con la precisión de un cirujano dispuso su contenido a un costado. Luego, se acercó en silencio a sus clientas, mirándolas primero con curiosidad y luego con mucha atención para decidir qué les quedaba mejor.

La mujer, que tendría unos treinta y cuatro años, era de piel pálida y enormes ojos negros, que contrastaban con las ondas rojizas de su pelo. La niña, de unos siete años, era morena, de frente amplia y nariz respingada, y llevaba el pelo atado en dos moños a los lados de su cabeza, atados con cintas de colores.

Por la pulcritud y elegancia de la vestimenta —y si su buen olfato no la engañaba la mujer usaba Channel n° 5— supuso que acababan de salir de casa e iban a una fiesta.

Dio una última mirada a sus clientas, solo para cerciorarse y confirmar que había elegido el procedimiento, los materiales y tonos adecuados. Esbozó una sonrisa casi auténtica, pues iba a dejarlas de impacto.

Se acercó a la niña. De tres toques aplicó el limpiador y se dispuso a ponerle un poco de base. La niña estaba quieta. Hasta pareció disfrutar las

cosquillas y por un segundo le pareció a Raquel que sus espesas y largas pestañas se entreabrían.

Cerró los ojos un momento. Fue a la plancha contigua, donde tenía sus materiales, respiró profundo y volvió a la niña.

La mujer se irguió repentinamente.

—¡No te atrevas! —dijo, con voz hueca, estirando el brazo hacia ella.

Raquel retrocedió un par de pasos. La mujer la miró con furia, pero luego de un par de segundos su mirada fue desenfocándose y volvió a quedarse estática.

Raquel se quedó de una pieza. Recorrió el salón de un vistazo para ver si su compañero se había percatado de lo ocurrido, pero entonces recordó que él estaba echando una siesta en la habitación contigua. Intentó huir hacia la puerta, pero no pudo moverse, vio sobre el dintel el cuadro con el conocido salmo 23. Intentó persignarse y rezar, pero había olvidado cómo hacerlo. Luego, dando un suspiro, volvió a la carga. Total, solo eran dos clientas inofensivas.

—¿Quién eres? —le preguntó la niña, fijándose en la brocha que sostenía en sus manos—. Hoy es mi cumpleaños —añadió, sin darle tiempo a responder—. A mi mamá no le gusta que use maquillaje, pero mis compañeras de colegio lo hacen. Dice que papá y nuestra religión nos lo prohíben. Mamá me hará una fiesta de princesas y papá vendrá a vernos, bueno, eso

dice ella. ¿Por qué te quedas viéndome así? Dame un espejo.

Raquel tanteó entre los cosméticos y le pasó una polvera.

—¿Qué me pasó? —gritó la pequeña, viendo la enorme herida que le atravesaba la frente—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

La niña echó un vistazo a su alrededor. Vio los candelabros con velas a medio gastar en una esquina, las flores que habían sido retiradas por la mañana y que por alguna razón todavía no se habían tirado a la basura; en un carrito, al fondo de la habitación, las navajas, pinzas, hilos, algodones ensangrentados, el frasco de formol a medio tapar; y, tras la pared de cristal, en una amplia y tenuemente iluminada sala, los suntuosos ataúdes de todos los colores y tamaños.

—¿Esto es una funeraria? ¿Estamos muertas? —luego, como si nada pasara y con tono dulcísimo, siguió—: Mi madre solo está dormida. Pronto estaremos en el cielo. Así me lo prometió mi abuela... Cuando tú mueras, ¿irás al cielo? Mi mamá dice que la mayoría de gente que no cree en Dios se irá al infierno, o los que son muy pobres por no pagar el diezmo y no vivir decentemente. Tú, ¿crees en Dios? ¿Eres pobre o tienes mucho dinero?

Raquel la miró perpleja. ¿Qué era aquello? ¿Estaba volviéndose loca? ¿Desde cuándo los muertos

le hablaban? Seguramente estaba volviendo a aquellos episodios de tormentosas alucinaciones.

Recordó sus años en la secundaria y las veces que fue ingresada en una institución para enfermos mentales. De eso solamente le quedaba un borroso recuerdo. Además, había seguido su tratamiento al pie de la letra. Para ella, que había sido criada en una familia religiosa y que tanto miedo tenía de la muerte, maquillar y reconstruir cadáveres era una actividad terapéutica y la había ayudado a superar sus temores. No podía ser una alucinación, puesto que nunca había tenido una tan nítida. Además, los cuerpos, aunque inertes, estaban allí, fríos, al alcance de la mano…

Pensó que a lo mejor había sido real. Innumerables eran las anécdotas que había escuchado de sus compañeros, cada una más fantástica que la anterior, pero ninguna tan sorprendente como la de haber entablado conversación con un cadáver. La sorprendió la naturalidad del suceso y la cantidad de odio que la gente, incluso muerta, puede arrastrar a la tumba.

Afanosamente, terminó su tarea con la niña; luego, siendo un poco más agresiva, siguió con la mujer. De nada le servían los prejuicios ahora que no podía usarlos para demostrar superioridad. Ahora solo quedaba el cascarón vacío de ojos opacos y abiertos en un gesto de pavor. Se los cosió. Le aplicó gruesos grumos de relleno sobre las heridas que le surcaban la

mejilla, cosió el tajo en el cuello que le había hecho un pedazo de vidrio al chocar el auto, y en un acto de osadía le colocó uñas acrílicas y se las pintó de rojo, dejando las de ambos dedos medios de color púrpura. Un gesto de incredulidad se dibujó en su rostro al percibir otra vez la fragancia que usaba la mujer y el tono rojizo de su pelo: era seguro que el cielo no era su destino.

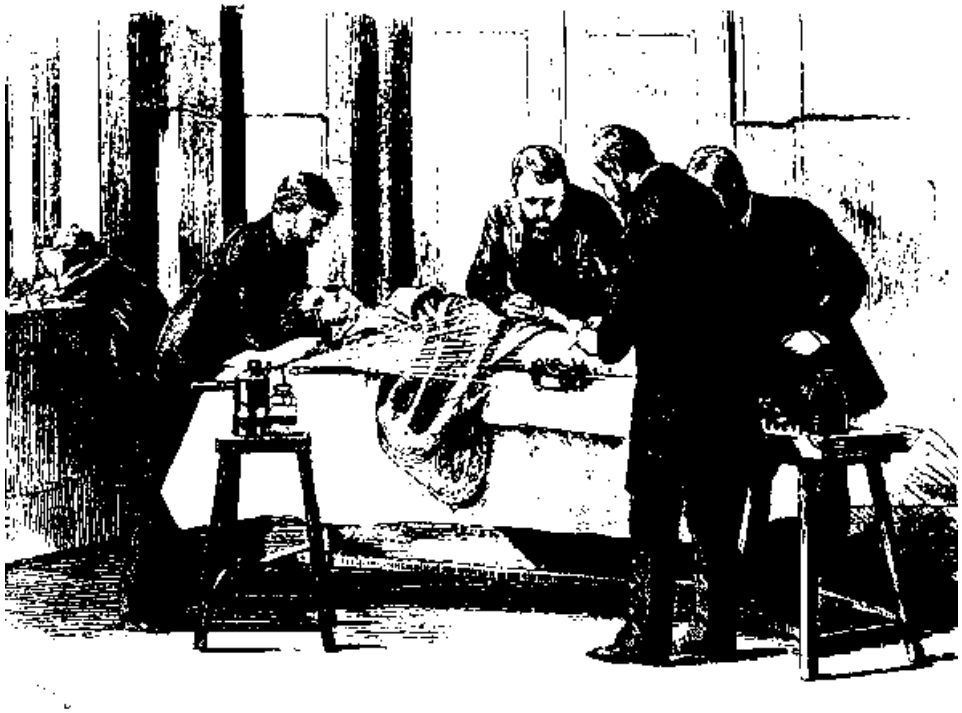
Justo cuando desinfectaba sus utensilios para guardarlos, entró su compañero.

—¿Cómo ha estado?

—Lo mismo de siempre —y añadió con sarcasmo—: Cuesta cubrirle a la gente su miseria. Desearían todo natural. Pero imagínate el susto que pasará el pobre San Pedro o Satán al recibirlos. Además, después de estar acá, es de mal gusto llegar pálido y descarnado a donde sea que vayas.

Salió de la sala de preparación. Luego, en el salón de velaciones, fue a servirse un café para celebrar el hecho de que por primera vez la marcada línea entre la vida y la muerte no le parecía tan terrible. Pensó, que de ahí en adelante le gustaría predecir el destino de los que pasaran por sus manos. Se había abierto una brecha plagada de posibilidades y deseó, con toda la fuerza de su ser, que todos los muertos pudieran hablar.

[OPERACIÓN



Ana María Rivas]

Yo necesitaba una intervención quirúrgica de inmediato. El doctor no sabía con certeza qué tenía dentro de mi estómago, sólo sabía que había que sacarlo.

Había llegado a su clínica para hacerme un chequeo, como todos los años. Pero al parecer algo andaba mal con los exámenes: esto me pareció extraño, pues me sentía perfectamente bien, salvo algunos retorcijones que me daban en la panza. No terminaba de entender el alboroto, pero no puse objeción.

Al ingresar a la sala de operaciones me informaron que tendrían que aplicarme anestesia local. Necesitaban mantenerme consciente para observar mis respuestas. No había razón para que me preocupara, me dijeron. A los minutos apareció el cirujano. Alcancé a ver sus manos antes de que entraran a mi estómago. Recuerdo las voces de asombro de los enfermeros que me rodeaban y las manchas de colores que se movían en el techo. Después de eso, por alguna razón, me quedé dormida.

Tuve una enorme sensación de vacío al despertar, como si me hubieran arrancado la vida. A los minutos apareció el doctor para preguntarme cómo me encontraba. Le dije que me sentía fatal y le pregunté qué era lo que tenía. ¿Por qué había visto una lluvia de colores antes de quedar inconsciente? Me explicó que mi estómago estaba plagado de larvas y huevos de insectos, pero ya no tenía de qué preocuparme.

El asunto podría haber sido grave: en unos días más los insectos habrían proliferado tanto que se habrían salido por mi boca. El daño hubiese sido irreversible. Por suerte no sucedió nada de eso: ahora yo estaba sana gracias a la operación. Sacaron hasta la última de las larvas y tuvieron la precaución de exterminar las que quedaron vivas, aunque el doctor me confesó que hubo algunas que lograron escapar. Habían registrado tres casos iguales durante los últimos meses y él esperaba que no fueran a instalarse en otras gentes. Me dijo que guardara reposo y que al día siguiente me daría de alta. Se despidió con un apretón de manos y lo escuché alejarse por el pasillo.

*

Unos días más tarde sonó el teléfono de mi cuarto.

Mamá estaba preocupada y me preguntó cómo me encontraba. No sabía qué contestarle. Me decidí finalmente a decirle que estoy bien.

En ese momento una bandada de mariposas entró por la ventana; afuera, el sol se dormía sobre la ciudad.

Colgué el teléfono.

Abrí la boca para que las mariposas regresaran a su origen. No parecían entenderme. En lugar de eso salieron en fila y se introdujeron en la garganta de la noche.

Les dije adiós en silencio. Sabía que mañana yo no despertaría.

[EL COMEGATOS

Ilich Rauda]

Ese era su sobrenombre en el barrio de aquel viejo suburbio. Ahí donde reinaba el hampa y su nombre legal era por completo desconocido. Era un ser de la incertidumbre, del desarraigo de la ciudad a uno de sus tantos hijos. Lo único que le pertenecía, tanto como su locura, era ese apodo y una cajita vacía de fósforos que atesoraba por las noches. Vivía al pie de un cerro plagado de casas hechas con los materiales más diversos, entre sus paredes algunas incluían elementos macabros.

El desconocimiento del nombre que correspondía al deseo original de sus padres, era por la ausencia forzada de ellos y de otras personas cercanas que lo conocieron desde muy temprana edad. Ese hecho lo había marcado: su locura estaba atada a esa orfandad. Muchas personas de este y otros barrios contaban al respecto historias de padres o de familias desaparecidas, tan parecidas entre sí, que al final se mezclaban como una sola historia por sus semejanzas. Con ellas podía escribirse una novela o una monografía del terror.

A esos niños que deambulaban por las calles —medio locos, arropados en la violencia y en las drogas, en otros barrios tristes, igual de asediados por la miseria humana— corresponde un país donde desaparecieron igual número de padres y madres por los motivos más inverosímiles y reiterados en la historia de la ideología, del poder y las armas.

Le decían Comegatos, más que por cualquier leyenda negra de ingestiones felinas, por pobre, por morenito oscuro, por harapiento, por bajito, por loco, por solitario, por hablar en jerigonzas. Su comunicación básica y clara era únicamente pedir comida: *¡Mama, chenga!* *¡Papa, chenga!* eran sus frases de sobrevivencia, para pedir tortillas, y cuando se las daban, de inmediato apuñaba los dedos como culito de pollo y los llevaba al centro de la tortilla, probando si había suerte y se la acompañaban con un pedazo de queso o algún trozo de pollo, o lo que sobrara a quién se hubiese apiadado de él, su *mama* o su *papa,* para aplacar el hambre.

También le decían así por vivir arrimado en la esquina de un pequeño cuartucho donde vivía con una viejita alcohólica de arrugas profundas que le adornaban la piel a sus sesenta y un años. Ella sobrevivía de juntar latas, cartón y plástico, o cualquier objeto que le proporcionara unos centavos para el vicio. Se había compadecido de él y le había dado un rincón donde dormir. En las noches aquel muchacho era como un gato en la oscuridad del cuchitril: sacaba su cajita, vacía de fósforos, donde guardaba un par de grillos que le arrullaban el sueño y le espantaban las pesadillas duras y enmarañadas como su pelo.

A cambio de ese espacio, él le ayudaba a la viejita como recadero de papelitos mal escritos, para compras menudas y buscando latas cuando la locura le daba

chance. La mala gente de aquel barrio aseguraba que tenía posada segura porque le hacía favores sexuales a la “Niña Pasa”. La que era su casa, si hubiera podido reclamarla, tenía el costo de su vida: se la habían quitado hacía varios años los muchachos que escondían cuerpos bajo los pisos, o huesos entre los bloques de las paredes de aquellas casas que tenían dispuestas para tal fin, bajo amenazas de silencio o muerte.

Su día pasaba entre los recados y mandados a la tienda. El resto era caminar sin ningún devenir, guardar latas en un pequeño morral, y luego discursar largo y tendido con su sombra entre los montes o predios baldíos que había en la zona. Algunos decían que de vez en cuando se le entendían un par de nombres y que lloraba, pero quizá eran simples habladurías de gente sin oficio ni beneficio.

Una tarde hubo trifulca, una balacera en el barrio. Los muchachos que vivían después de la línea del tren llegaron, armas en mano, a disputar territorio. De ese suceso resultaron varios cuerpos tendidos, jóvenes que apenas habían alcanzado la pubertad, mucho llanto, pero sobre todo, reciclaje de odios consumados. Sucedió también que después de los disparos intercambiados, el Comegatos no apareció por ningún lado.

La niña Pasa estuvo preguntado una semana entera sobre su paradero, o lo que pudo sucederle, sin

que nadie le diera respuesta. A la octava noche de incertidumbre, sabiendo que con la soledad solo podía el vicio (pues ya lo tenía demostrado con la ausencia de sus verdaderos hijos, perdidos entre la violencia de las balas, el hambre y la sed del desierto, o del desprecio más gacho de los que tocaron las nieves del norte, para alojar el frío en su corazón tropical y enfermar de olvido comiendo la flor del dólar), deambuló bebiendo entre las calles, amaneciendo bajo los pasos a desnivel, envuelta entre cartones y hojas de periódicos. Tras esa recaída drástica, impropia para su edad y experticia, se ocultaba la búsqueda del no-hijo, teniendo por sabueso al alcohol. Perderse para encontrar a un perdido, la esperanza de despertar viendo su rostro de niño loco, o escuchando su jerigonza, quizá las palabras *nana Pasa*, a las que se le había reducido el cariño rezumado de abandonos.

La búsqueda sólo duro cinco días, hasta donde alcanzó el dinero y el aguardiente. A su regreso, sin esperanzas, encontró la puerta del cuartucho con el candado de diez pesos reventado. El interior reflejaba el desorden de quien busca lo que no se le ha perdido. Bajo el efecto más postrero del alcohol durmió por última vez sin colcha, que era lo único de valor que tenía, y ya no despertó luego de esa noche de invierno en la ciudad.

El Comegatos nunca apareció. Su final fue igual de incierto que su verdadero nombre. Se volvió otra

historia del barrio sobre la cual cada quién contaba o intercambiaba su parecer:

Quizás, después del susto de las balas, buscando esconderse bajo el puente, se lo llevó el río, que estaba bien crecido esa noche. No sería el primero....

A lo mejor se lo llevaron los muchachos de la otra colonia, por verlos directo a los ojos de asesinos...

Debe seguir escondido en el cerro. Yo ya lo había encontrado alguna vez por ahí vagando, y el sonido de las balas que no paran, no lo deja regresar...

Tal vez ha de estar en otro barrio esperando que lo encuentre la finada Niña Pasa, que en paz descanse...

Lo más seguro es que se encontró otra nana que lo alimenta, no era baboso. O se juntó con alguna loquita que lo apapacha todas las noches...

Quizás...

Ojalá...

Dios lo haya protegido de otra cosa...

[ELLA

Georgina Vanegas]

No la veía desde hacía algún tiempo y la encontré esa noche, sentada en un sofá. Leía. Esperaba. Me paré justo frente a ella y alzó el rostro, que era prácticamente el mismo que yo había mirado 20 años atrás, cuando la conocí. Me alegré tanto de verla que la abracé quizá más fuerte de lo debido.

Cruzamos un par de palabras. La familia. El trabajo. *¿Seguís siempre trabajando ahí?*. Los amigos, ¿los novios? No, yo no hablaba de novios con ella. Solo lo hice una vez hace años, cuando me había visto algo afectada por un crío que no podía ni atarse bien las cintas de los zapatos y fumaba una cajetilla de cigarrillos al día. Entonces, ella me había escuchado, al otro lado del escritorio, dentro de su oficina.

*¡Ah! Entonces, todo esto es por un chic*o, me había dicho, aliviada de que aquel alboroto no fuera por un embarazo prematuro, por una condenatoria enfermedad inmunológica, o por insalvables trabas económicas que impidieran mi continuidad dentro de la universidad.

Le dije que no, que todo aquello no era solo por un chico, que él era solo un ingrediente más de la pasta confusa que yo estaba tragándome a disgusto, en mi casa, a los veintitantos, como muchos otros estudiantes con los que ella lidiaba a diario. Pero tampoco le dije mucho más, quizá por un tonto decoro.

Ella me miró por un corto tiempo, se recostó sobre el respaldo de su silla, y juntó las yemas de los dedos de ambas manos: *Vos andás con algo ahí adentro. Y tenés que resolverlo para poder continuar*, dijo al final. Y eso bastó para mí. Eso, y estar sentada en una silla dentro de su oficina.

Me gustaba ese lugar, ese espacio donde todo estaba ordenado, pero en una forma que parecía ser un accidente. Umberto Eco, Lévi-Strauss y Saussure me observaban desde la librera, muy juntos, pero guardando las distancias entre sí. Más libros se apilaban sobre el escritorio, junto a un par de anteojos oscuros y una estilizada lámpara de lectura. En la pared había una pizarra de corcho donde anuncios, postales y papelitos con recordatorios estaban colocados con un alfiler.

Y como aquella vez, en su oficina, ahora ella estaba de nuevo frente a mí, sentada en un sofá, y ya se despedía, y se levantaba para subir a una tarima y tomar su lugar en otra cómoda silla, en una especie de escenario improvisado, ante el público de un conversatorio, en un espacio semipúblico de la ciudad.

Al verla ahí sentada, me fijé en sus sandalias. Me gustaron. Eran rojas. Combinaban con la correa del reloj, que siempre usaba con el cristal escondido por el revés de la muñeca, sintiéndole el pulso. Sus pies eran bonitos.

Al escucharla hablar, recordé que ella hablaba fluida y perfectamente también a través de sus manos. *De verdad que podría ser muda y daría igual, porque tiene todo un alfabeto entre elllas*, pensaba mientras guiaba esa suerte de conversatorio. Lo moderaba. Eran otros los que hablaban, y yo me preguntaba si la gente sabía quién era ella.

Me acordé de que cuando hablaba, sus labios emitían sonidos articulados y conexos; pero sus manos, sujetos independientes, dictaban ponencias completas.

Y pensé que si sus manos podían dictar ponencias, también debían de ser capaces de proferir los más audaces ultrajes. ¿Cómo sería ser insultado por ellas? Ese vilipendio, seguro, sabría a gloria. De ser yo la agraviada, no pondría atención a lo que dijeran sus labios. Solo vería cómo esas doctas manos me dirían que dejé de ser su ícono favorito, que ya no simbolizo nada, que me vaya y me busque otro significado, porque dejé de ser su significante; que si quiero, me lo explican con un signo.

Si yo fuera la insultada, no olvidaría cómo esas manos me reñirían en la lengua de Barthes, cómo me abandonarían en mitad de mi viaje del héroe, y cómo se alzaría una de ellas, empuñada, como signo de una anhelada libertad, tal como se hacía en los círculos de izquierda de los años 30, cuando ese ademán era signo de compañerismo y solidaridad proletarios.

Lo único que me restaría por hacer, entonces, sería juntar las palmas, como lo hacen los católicos en la oración, o los yoguis al finalizar su serie de asanas, en señal de reverencia.

Sin duda, ese escenario sería mucho más entretenido que mis previas rupturas con hombres de escasa motricidad fina, y cuyo acervo lingüístico jamás iba más allá del emoticón de un guiño de ojo, en la pantalla del móvil, tras hacerme la invitación para "ver Netflix" un viernes en la noche, como máxima expresión de ritual de cortejo.

Pensé, ahí sentada, viendo el conversatorio suceder ante mí, que quién sabe cuándo la volvería a ver, y que se veía absolutamente hermosa sentada en ese sillón, con la luz cálida sobre su rostro, aunque seguramente le molestaban un poco el calor y los reflectores. Pero se miraba tranquila. Hablaba, reía y bromeaba en el modo sutil y elegante de siempre.

Clic.Clic.Clic. Un par de fotografías. Se las enviaría después.

*

Llegué a casa ya muy entrada la noche. Él estaba en la habitación, viendo la televisión. A veces lo encontraba leyendo un libro, pero hoy veía la televisión. Llegó entonces el *Hola*, el beso, qué tal.

Fui a la cocina, me hice un té caliente. Él hablaba de una entrevista, de su jefe, de la clase de ese día. Y mientras hablaba y gesticulaba, en el apartamento de al lado era 1969, y la versión de estudio de *My Cherie Amour* sonaba en un altavoz.

Y yo pensaba en cómo sería ella en un día de campo, usando uno de esos sombreros de estilo peruano, y llevando una cesta grande para el picnic; y en sus sandalias rojas sobre un pasto muy verde. Y en sus pies. Sus manos.

—Entonces, nena —dijo él, entrando en la cocina, y sosteniendo un libro—. ¿Lo hacemos antes de dormir?

Me abrazó por detrás con la mano desocupada y empezó a besarme en el cuello.

Silencio por unos segundos.

—Marcos, ¿sí sabés que es por estas cosas que voy a dejarte y a fugarme con ella, verdad?

Silencio.

Escuché su risa contenida, mientras me apretaba y me besaba el cuello aún más: *Dale, nena, está bien. Dejame por ella. Pero ¿lo hacemos antes de que te vayás?*

Me reí. Con tristeza. Y me libré despacio del abrazo. Me llevé la taza de té de manzanilla conmigo y salí de la cocina.

Tomé el móvil que había dejado sobre la mesa y me fui al balcón. San Salvador entera brillaba a lo lejos.

Le envié las fotografías a ella.

Pasaron unos minutos.

El teléfono vibró. Era ella, que había visto las fotografías. *Me siento observada jajaja*, leí en la ventana del chat.

En ese instante yo le habría escrito sobre sus rojas sandalias, sus manos, el día de campo, 1969 y Stevie Wonder. Pero en la pantalla del teléfono celular ella solo vio el ya tan conocido emoticón de una carita feliz.

[PROCEDIMIENTOS

Walter Meléndez]

Encontraron al niño tumbado en el terreno árido.

La herida atrás de su cabeza, invadida por las moscas, era un corte irregular con los bordes desgarrados e imperfectos, hecha bruscamente por un inexperto, a la ligera y con un arma poco filosa.

Había intentado huir, dejando a su padre en casa, quien ahora, al igual que él, dormía para siempre con una herida en la cabeza.

*

Más tarde en la mañana, alguien vio al viejo caminando apresurado por el baldío de maleza amarillenta que lindaba con su casa, sin camisa, con las botas blancas salpicadas con lo que parecía ser la misma sustancia roja que se deslizaba por el filo plateado del machete. Al mediodía, indiferente al ruido del vehículo y las luces de la patrulla que lamían las paredes de adobe de su casa, sentado en un tronco enterrado en el suelo de tierra y devorando a mordiscos lentos ciertos vegetales silvestres, extravagantes y amargos, mantuvo impasible el ritmo de su masticación.

A través de la claridad de la puerta vio entrar al cabo Valladares y a otro que lo doblaba en peso y tamaño.

—¡Buenas! —dijo Valladares, tratando de ser lo más amable posible.

—¿A qué se debe el gusto? —contestó el viejo, con la boca llena.

—No se mueva. Tenemos orden de registrar este lugar.

El anciano siguió comiendo sus vegetales extraterrestres, con cierta tranquilidad, vigilante de la actividad del otro policía que, tras Valladares, revolvía las cosas de la casa.

—Ese no es el procedimiento —dijo de pronto el viejo— cuando el policía le asestó una patada a las cajas donde guardaba ciertos andrajos que consideraba de valor.

—Y usted qué va a saber cómo es el procedimiento —dijo Valladares.

El otro policía continuaba vaciando cajas, moviendo taburetes y mesas, destapando inútilmente frascos con contenidos indiscernibles, revolviendo ropa y metiendo las manos por las rendijas de las paredes.

—Usted va a tener que contestarme unas preguntas —le dijo Valladares al viejo, quien seguía impasible, solo moviendo de un lado a otro una barbilla entrecana y de chivo.

—¿Usted, a qué se dedica?

—Yo soy músico.

—Así que músico. ¿Y qué toca?

—El contrabajo —dijo el viejo tristemente. Alzó los hombros y volvió a decir—: Es lo que hay.

Luego pareció concentrarse en el lejano paisaje de montañas que se miraba por la puerta, resplandecientes con el brillo del mediodía. Los policías miraron hacia afuera, y el otro, que había terminado de catear las pocas cosas de la casa, se dirigió presuroso hacia la puerta, a continuar buscando afuera.

Valladares se mantuvo firme, mirándolo desafiante. Notó que ni siquiera había tenido la astucia o la decencia de quitarse las botas embarradas con la sangre reseca y hecha costras.

—Si no me cree, mire, ahí está el contrabajo —dijo el viejo, señalando con un dedo nudoso el instrumento abandonado en una sucia y oscura esquina de la casa.

Qué extraño, pensó Valladares: *podría haber jurado que hacía unos momentos ese instrumento no estaba ahí.* Quizás el calor insoportable, el brillo cegador del sol y el polvo fino y rojizo, suspendido por un viento caldeado que soplaba del oeste y que se metía por todas partes, le estaba haciendo perder la concentración. Respiró profundamente, trató de calmarse y armar su interrogatorio con un nuevo esquema.

—No le creo mucho —dijo más calmado— A ver, ¿dónde toca?

—Con el mariachi Los Norteños del Suroeste, trabajamos en los bares de la ciudad, casi siempre estamos en El Tijuana, la canción a dos dólares y las tres por cinco.

Valladares sintió que la sangre le hervía.

—Son los nombres más absurdos que he escuchado. Mejor dígame de dónde venía usted esta mañana con el machete desenvainado.

—De cuidar el maizal.

—¿Cuál maizal? —preguntó Valladares, amargado—. Usted no tiene maizal, no tiene nada, aquí nadie cultiva nada, esto es un desierto, ¡aquí no llueve nunca!

Afuera, entre unos troncos, el otro policía había encontrado el machete con la sangre seca. Entró a la casa, exultante y sudoroso. Sonriente se lo mostró a Valladares, quien solo asintió con la cabeza y luego se dirigió al viejo.

—Esta es la prueba de que usted mató al ciego y a su hijo hoy en la mañana.

El otro policía sujetaba por el mango de plástico el arma homicida.

—Lo vieron por la mañana con ese machete chorreando sangre, usted venía de matarlos —dijo otra vez Valladares.

—Maté a un tamagaz y no encontré agua para lavar el machete. Yampoco tengo agua aquí en la casa —dijo el viejo.

—¿Sí? ¿Y las culebras tienen tanta sangre?

—Esa sí tenía bastante.

—Tenemos información confiable de que usted les tenía envidia y de que usted era el único que había tenido problemas con ellos —le dijo Valladares—. Además, tiene usted la bota manchada de sangre.

—No es sangre, es barro.

—¿Barro? Para hacer barro se necesita agua, y usted ya lo dijo: aquí no hay agua.

—Sabe qué —dijo el viejo con seriedad—, no se haga el gracioso conmigo, usted sabe bien que esto es un cuento, y que usted y yo solo somos unos tristes y mal formados personajes que machacan parlamentos aburridos y trillados.

—Señor, usted no está bien —le contestó Valladares—. Está medio loco.

—Usted está loco —replicó el viejo—, porque usted no es más que tinta. ¡Tinta y papel! Y a veces ni eso, porque a veces usted no es más que unos cuantos bits en una computadora rasposa.

—Me temo que voy a tener que llevármelo, señor. No está usted bien de la cabeza. ¡Martínez! !Las

esposas! Ya le voy yo explicando a este viejo cómo es el procedimiento.

Martínez no se movió de dónde estaba.

—¡Martínez! —volvió a decir Valladares—. ¿Qué putas pasa ahora?

—Yo es que creo que es cierto, mi cabo. Dejémonos de cosas, esta no es más que una historia sin sentido: los niveles de realidad son pésimos, el lenguaje demasiado pretencioso y el argumento ni se diga: pobrísimo, plagado de clichés. Este hombre no ha hecho nada y nosotros aparecimos de pronto.

—Parece que el único que no se da cuenta de la realidad es usted, mi cabito —dijo el viejo sonriendo.

—A mí no me vengan con sus inventos.

—Así que no me cree, qué tal si le digo que usted no me va a capturar hoy ni nunca, porque este es el día de su muerte, para que se dé cuenta de los beneficios de la ficción —dijo el viejo.

Entonces Valladares se llevó la mano a la cintura para desenfundar su arma reglamentaria, pero no encontró nada, solo la funda vacía.

—¿Buscaba esto, mi cabo? —dijo el viejo, sosteniendo el arma de equipo de Valladares con una mano sucia y huesuda.

—¿Pero qué carajos pasa aquí? —preguntó Valladares— ¡Martínez! —gritó asustado, pidiendo ayuda.

El viejo le apuntó con la pistola.

—Camine para el patio, mi cabo —le ordenó—, que ya muerta, la gente se pone bien pesada y no quisiera tener el costoso trabajo de sacarlo de aquí.

—¡Martínez! —volvió a decir Valladares.

Tras él, Martínez también le apuntaba con su arma.

—Ya oyó, mi cabo, para el patio, aproveche los beneficios de la ficción.

Asustado, con el corazón palpitante y el incisivo miedo a la muerte que lo había sitiado toda su vida, tuvo que obedecer. Caminó con las manos en alto hacia la puerta. Al salir, el resplandor del sol lo cegó por unos instantes. Al recuperar la visión, vio en el suelo resquebrajado la fosa recién cavada que serviría para su cadáver.

—Arrodíllese por ahí y hágase el blandito —dijo la voz del viejo, que cada vez era más firme y juvenil—: ya va a ver que no le va a doler nadita.

Se arrodilló al borde del agujero cavado para él.

—Se mira pequeño, ¿no? —dijo el viejo—, pero está hecho justo a su medida, créame.

Con lágrimas en los ojos, miró a su alrededor, con la leve esperanza de pedir ayuda, deseando que ocurriera cualquier imprevisto que le salvara la vida, pero solo vio los árboles que circundaban la casa achicharrados por el calor, y más allá una cerca de alambre que delimitaba un extenso terreno cultivado con un maizal seco, donde bandadas de pájaros córvidos mantenían un concierto de graznidos y hacían crujir las hojas secas con su agresivo aleteo. A lo lejos, las montañas arrasadas. Nadie.

Escuchó las pisadas a su espalda, acercándose, el chasquido al cargar los 9 milímetros, el sonido de aquel mecanismo fatídico dispuesto a matarlo. Cerró los ojos con todas sus fuerzas, esperando por fin el momento al que nunca quiso llegar, pero al que siempre temió, temblando y sudoroso. Pensó en dioses milenarios, pero no pasó nada, solo el gorjeo de los cuervos, intenso. No pudo pensar en otra cosa.

*

Antes de abrir los ojos, escuchó el sonido de las gotas de lluvia que golpeaban, gruesas, la dura lamina del techo. De a poco, en una temblorosa nubosidad, distinguió las sillas montadas en las mesas y a las meseras, silenciosas, apretujadas junto al cuarto de baño, mirándolo con cierto rencor en aquella mesa atestada de botellas de cerveza vacías. No supo de dónde, pero una de las meseras, con la cara grasosa de

sudor, la línea de las cejas tatuada y la ropa llena de lamparones, apareció frente a él para terminar de sacarlo de su lapsus etílico.

—Cerramos hace media hora —le dijo la mujer.

De la misma manera en la que desenfundaba su reglamentaria, Valladares buscó a tientas en el bolsillo trasero su billetera, sacó un billete de una denominación desconocida y se puso de pie, tambaleándose, con un agrio y asqueroso regusto en la garganta. Caminó, zigzagueando entre el espacio vacío que dejaba la hilera de mesas, casi a tientas, reteniendo el vómito mientras buscaba la salida.

En la puerta encontró un grupo de mariachis ambulantes que se resguardaban de la lluvia, ateridos y pálidos, abrazando sus instrumentos devastados por la intemperie y las notas de muchos días. El viejo abrazando el contrabajo lo vio y movió maquiavélicamente su barbilla de chivo.

Afuera, no logró sostenerse en pie en la acera mojada y, bajo los hilos de agua cayendo de los alerones del techo, perdió el equilibrio y cayó de rodillas frente al mural del bar, como suplicando misericordia a las enormes y cuadradas letras pintadas en la pared: El Tijuana.

Comenzó a vomitar.

[TORMENTAS DE MIERDA

Luis Contreras]

But mostly I curl up inside my typewriter with my housefly and cry

I tell my housefly not to cry

My housefly tells me not to die

NICK CAVE

Más allá del día anterior, donde la cordillera volcánica del país pintó todo de negro y dejó los horizontes sin forma, donde, minutos después, todos esos terremotos abrieron la tierra (que se tragó a toda clase de seres vivos), incluso más allá de esas inundaciones que vinieron en la madrugada y se llevaron a la mayoría de sobrevivientes de las primeras horas, y más allá de todo lugar que una vez fue conocido como *capital*, donde la gente y sus ruidos, gritos, gestos, besos, idas y venidas no cabían, alza ahora sus últimas horas de vuelo la única mosca que sobrevive en estos kilómetros que alguna vez se llamaron *República de El Salvador*.

La mosca percibe que han pasado semanas enteras desde que encontró un lugar para saciar su instinto de hambre y reproducción: una plasta de excremento de una vaquita que se había perdido cerca de la aduana, sobre la autopista Comalapa. Sin embargo, y para desgracia de nuestra protagonista, solo han pasado unas horas desde el desastre, la desolación y el olvido de un país entero y más.

Dicha mosquita ha sido testigo de ciertos eventos históricos, tantos que incluso podría decirse que es más salvadoreña que la gente que vivió en estas tierras. Los cortos naufragios del Cristo de *El Salvador del Mundo* y de la mujer del Monumento a la Constitución antes de que la lava los alcanzara, el sucumbo del Monumento *Hermano, bienvenido a casa* por las olas gigantes, y el colapso y posterior hundimiento del Centro Histórico de San Salvador (con el particular incendio de la Catedral Metropolitana), por mencionar algunos.

Por si fuera poco, y debido también a las limitaciones físicas de la mosca, esta pudo escuchar el chambre de unas aves (que nunca había visto en la zona) sobre la inundación de Joya de Cerén y la debacle de las plazas y pirámides del sitio arqueológico llamado *San Andrés*, así como la falta de precisión actual en todos los libros de historia salvadoreña, que nombran en sus páginas al *Lago de Coatepeque* y *Río Lempa*, ahora inexistentes, reducidos a una serie de charcos de fango y cenizas.

Ha pasado una hora desde que la mosquita vuela sin rumbo definido. Ella siente sus alas cansadas, alas que casi se le derriten por acercarse mucho a la lava, pero procede en su empresa para ver si encuentra algún material en descomposición que no esté lleno de azufre o ceniza o lava y que, para su suerte, no se haya inundado todavía.

Pasan un par de horas y la mosquita no encuentra nada.

A la mosca no le sirve de nada andar en lo alto porque arriba no hay alimento. Es mejor arriesgarse abajo porque de todos modos ya le queda poco tiempo. Y aunque es imposible que ella posea y procese esa información, es justo lo que hará por conseguir una última porción de *cualquier mierda*.

La mosca siente que su cuerpo ya no rinde como antes y trata de subir a lo más alto de las ruinas de un edificio, por última vez. Lo logra. Desde allí, con su ágil vista, la mosca distingue un ave en una de los muros debajo de donde ella se encuentra. La mosca empieza a descender y se posa en el dorso del ave, que no siente ningún movimiento o peso en absoluto. El ave prende vuelo después de un momento y la mosca se aferra como puede a las plumas. En un momento de poca turbulencia, se acerca a un ala. Trata de divisar con uno de sus tantos ojos lo que hay debajo suyo, para localizar, tal vez, unas heces mal puestas. La hazaña es imposible a esa altura.

El ave, para sorpresa de la mosquita, se detiene junto a uno de los rellenos sanitarios más grandes de El Salvador, esos que son capaces de albergar hasta más de veinte toneladas de desechos diarios. El paisaje es apocalíptico: toda la basura ha sido consumida por lava o ha desaparecido debido a los agujeros geográficos que se formaron a lo largo de los 262 municipios de este país que alguna vez fue.

Sueño con tormentas de mierda, pensaría la mosquita si tuviera la capacidad, *sueño con tormentas de mierda robustas e infinitas*, se diría a sí misma la mosca si pudiera. Y, por un momento de enaltecida lucidez, ella percibe y casi logra ver e imaginar un lugar más allá del par de minutos que le quedan de vida, un lugar en donde tendrá todo el estiércol que se merece. Toda la caca que sus 250 hermanas de camada y ella alguna vez merecieron. Pero para desgracia suya, ese breve instante de soltura se vuelve el tormento, la devastación y desesperación más grande que ella ha enfrentado en su vida, más allá de la tremenda ausencia de una cagada buena y fresca en esos momentos.

La locura y el delirio se apoderan del sistema de instintos de la mosca. El ave detecta el movimiento y se sacude las plumas, pero la mosca se aferra. La mosca percibe en su cuerpo cataclismos que cortan todo y vuelven a conectarlo en medio de un tornado de impulsos y tics corporales que provienen de su afán e insidia por encontrarse un buen trozo de deposición humana. El ave se rasca el dorso con su pico. A pesar de ser un insecto común esta es una mosca fina, con el selecto gusto por la caca humana. El ave se rasca con más intensidad pero la mosca trepa hasta el cuello del ave, donde no podrá ser alcanzada.

La mosca, madura y exhausta, no sabe qué más hacer. Lo da todo por perdido porque ni en los basureros hay esperanza de encontrar *algo*. Un país sin basureros no es un país para una mosquita. Se rinde.

La mosca se cae del ave. Uno de los calambres doblega todo su cuerpo y queda patas arriba. El ave prende vuelo de nuevo y la mosca *sabe* que no tendrá chance de montar otra.

Todo ha acabado para ella.

En sus últimos instantes, la mosca percibe a lo lejos una enorme tormenta con vientos que arrancan los últimos árboles de estas tierras, el de la Rotonda *Árbol de la Paz* y la enorme ceiba de la Basílica de Guadalupe incluidos. Y, como si verdaderamente pudiera contemplar la belleza de todo ese desorden, la mosca se queda mirando los cielos de lo que una vez fue San Salvador: negros, morados, naranjas y rojos, bulbosos

[FIN DEL MUNDO EN OCTUBRE

Dany G. Díaz Mejía]

1.

Una vecina muy querida era una acérrima aficionada a las historias del fin del mundo. Hacía fogatas donde leía fragmentos del libro del Apocalípsis, que luego intercalaba con explicaciones escalofriantes, respaldadas por hechos recientes. Nos reuníamos en un punto equidistante entre las puertas de su casa y las de otra vecina que suponíamos sentía un desprecio total por todos los niños de la aldea, el cual mostraba punchando todas las pelotas de plástico que caían en su patio durante nuestros partidos de fútbol improvisados. Esa proximidad a una posible presencia maligna le daba un aire de rebeldía a esas noches, cuando las sombras de los árboles de acacia, que abundaban en nuestra aldea, parecían ennegrecerse y adquirir formas que adivinábamos siniestras.

Aparte de los niños, también llegaban muchas de nuestras madres, pero ni siquiera ellas se atrevían a interrumpir las terribles profecías de nuestra vecina. Aunque mis hermanos y yo nos moríamos de miedo al final de cada sesión, nos encantaba escucharla y quizás sentíamos que las galletas y el café con demasiada azúcar, que nunca faltaban, compensaban de alguna forma el terror de las imágenes que nos ofrecía.

Cada día mi vecina estaba más convencida de la inminencia del fin del mundo en los próximos dos años. Una noche de luna llena aprovechó para explicarnos

que cuando el fin empezara la luna se tornaría roja, pero que no debíamos confundirnos: el rojo vendría de una sangre espesa que penetraría al astro hasta rebosarlo, y no de ninguna luz como probablemente pensarían aquellos que no figuraban entre los entendidos. Luego tomó una moneda de cincuenta centavos y la sacudió frente a nosotros con sus manos envejecidas precipitadamente por el sol. Nos dijo que en los días finales el dinero perdería todo su valor y aun los más ricos de la tierra no podrían usarlo para comprar ni siquiera frijoles con gorgojos o mangos gusanosos, lo que desde luego no sería un problema para nosotros, a quienes el dinero siempre nos había sido tan esquivo. Pero el hambre, con la que sí estábamos familiarizados en términos íntimos y concretos, nos rondaría a todos sin excepción. Las tarjetas de crédito, que nadie en nuestra aldea había visto o tocado, eran el primer paso hacia la inevitable obsolescencia del dinero. Pronto todos tendríamos esas malévolas herramientas del demonio en nuestras manos.

Añadió que en esos días el agua escasearía, empujándonos a registrar cada rincón de la tierra para buscar algún charco olvidado y desearíamos aquella que tanto habíamos malgastado, pero ni siquiera el río Choluteca que siempre nos había recibido en Semana Santa nos ofrecería consuelo: sólo podríamos besar las ruinas húmedas de su fondo y lamerlas con

desesperación. En ese momento los enviados de El Maligno nos ofrecerían ayuda a cambio de dejarnos marcar la frente con su sello, el 666, que aplicarían con un fierro caliente tal como se hace con las vacas. Tomó un pedazo de ocote y nos señaló, como si adivinara nuestra propensión a vender nuestras almas en un intento fallido para evitar las amenazas que nos pintaba con sus palabras. Tiró el pedazo de leña al fuego y dijo, casi triste, que nadie se salvaría del juicio.

Era 1998 y mi vecina no era la única que vaticinaba el fin del mundo. En la radio daban una explicación sobre cómo las computadoras no serían capaces de procesar fechas más allá de 1999, por lo que aseguraban la cercanía del colapso mundial en el 2000. Mi mamá, sin embargo, era muy escéptica de que viviéramos en "los últimos tiempos". Nos decía que ya había sobrevivido a varias predicciones parecidas, al igual que su abuela, quien sobrevivió al infame junio de 1966 y su relación siniestra con el número de la bestia. Para mi mamá, el libro de el Apocalipsis era un relato de cómo nosotros nos salvaríamos en medio del desastre total. En el fondo, mi mamá era una optimista y yo creía haber descubierto la prueba irrefutable de que tenía razón.

2.

Cada tanto llegaban vendedores de la editorial Océano a nuestra aldea. Mi madre sacó una de sus enciclopedias ilustradas al crédito. Yo me fasciné con ese objeto. Era un libro gordísimo y pesado, esencialmente un diccionario gigante con ilustraciones. Para cada país, la enciclopedia tenía información básica como continente, población, o moneda, pero ningún dato me cautivó tanto como el de la esperanza de vida, la cual a los nueve años entendí como la cantidad de años que le quedaban a cada país antes de extinguirse. El efecto fue vertiginoso.

En esos años cargaba una libreta roja conmigo a todas partes. Anotaba todos los datos curiosos que leía o escuchaba. Anoté, por ejemplo, que algunos hombres sienten los síntomas del embarazo al mismo tiempo que sus parejas, que el quechua es un idioma hablado en partes de Sudamérica, que en inglés existe un pronombre para los objetos y que, según su color, los duendes pueden ser buenos o malos. El cuaderno era el destino obvio para mi nuevo descubrimiento.

Hice una lista con los países de los que más sabía o cuyo nombre me gustaba: España, Estados Unidos, Mozambique, Francia y otros tantos. Al lado de cada país transcribía el dato de la esperanza de vida de la enciclopedia. Mi lista se extendía una página. Japón tenía la esperanza de vida más alta, con 94 años que sumados a 1998 me lanzaban al 2090. Cuando llegué

a esa conclusión me sentí dueño de un poder especial. Además de entretenerme, mi enciclopedia me había regalado algo más importante: el año exacto del fin del mundo.

Cuando leí la esperanza de vida de Japón estaba seguro de que el cálculo de mi vecina estaba equivocado por al menos 92 años. Era un monto tan exorbitante que mi imaginación lo interpretó como inalcanzable, por lo que decir que el mundo acabaría en 92 años, era casi como decir que el mundo no acabaría nunca. Luego llegó octubre y ya no estuve tan seguro.

3.

El Huracán Mitch comenzó como una tormenta tropical en el caribe el 10 de octubre. Mi papá era un amante de la radio. Pasaba muchas noches escuchando un programa de rock en inglés que intercalaba canciones con cápsulas informativas. En esos días se especulaba que el Mitch llegaría como tormenta a Honduras y que no pasaría a más, pero 17 días después la tormenta se había convertido en uno de los peores huracanes de nuestra historia. Nuestra vecina interpretó el huracán como la señal más reciente de que entrabamos en la época final del mundo. La esperanza de vida en Japón empezaba a tambalear como contraargumento y tuve miedo.

Una de las primeras noticias que tuvimos en la radio fue la de un barco que desapareció en las Islas de la Bahía, muy al norte de Honduras. La embarcación se llamaba "El Fantasma", lo que mi vecina añadió a su lista de augurios que confirmaban el Apocalípsis. Sin embargo, nada enardeció tanto su convicción como el anuncio de que un congreso de brujos se había planificado en las islas para esos días. Nos explicó que seguramente Dios nos castigaba por dar cabida a la posibilidad de un anticristo hondureño. Yo nutría mi libreta roja con los datos y argumentos nuevos a favor de mi vecina en una página, para luego compararlos con la evidencia que apoyaba mi teoría en la siguiente hoja.

Al principio, mis padres pensaban que mi vecina exageraba, pero después de cuatro días ininterrumpidos de lluvia, nadie se atrevió a descartar tan contundentemente sus advertencias. Nos llegaron noticias de que Tegucigalpa había colapsado. El río Choluteca había crecido al punto de inundar todas las calles de la ciudad. El sistema eléctrico falló y nos quedamos físicamente incomunicados.

La radio de mi padre operaba con baterías, por lo que mi casa se convirtió en un centro de noticias. Algunos vecinos llegaron para sentirse informados, otros para hacer más llevadero su posible naufragio con las historias picantes que se contaban entre la música y las noticias, mientras otros tantos se limitaban a

tomar los litros de café que mi mamá repartía entre los asistentes. El quinto día, mientras escuchábamos la radio, un amigo llegó a decirnos que el río más cercano estaba desbordándose y que, si seguía creciendo, terminaría sumergiéndonos, como les había pasado a tantos en Tegucigalpa.

Los adultos armaron un plan de sobrevivencia. Todas las familias caminaríamos al cerro más cercano, que alguna vez fue un reformatorio para jóvenes, y que nuestra vecina profeta creía poseído por el demonio. Solo podríamos llevar comida y una mínima cantidad de ropa. Todos nos reuniríamos a las cuatro de la tarde en la salida de la aldea. En mi casa tuvimos dos horas para preparar unos sacos que llenamos con todo lo que pudimos y que luego nos dividimos para cargarlos. Quise empacar la enciclopedia ilustrada pero no hubo manera de convencer a mi mamá. Seguía lloviendo cuando al fin estuvimos listos para salir.

Para llegar al cerro había que caminar dos kilómetros por una calle de tierra, rodeada de palos espinosos. Muchas mujeres cargaban bultos en sus cabezas y guiaban a sus hijos con instrucciones afiladas. El viento derribó muchos árboles, incluyendo el palo de eucalipto que había sido un punto de referencia en mi aldea desde tiempos remotos. La calle se convirtió en un gigante charco que nos llegaba casi a las rodillas y se movía por una corriente que

amenazaba con arrastrarnos a una dimensión desconocida.

Después del primer kilometro llegamos a una quebrada que había crecido de una manera desmedida. Los adultos hicieron un tipo de cadena humana para ayudar a cruzar a todos los niños. La quebrada se llevó muchos de los bultos. Una señora daba la impresión de jalar a su hija, casi como arrastrando sus pies. Cuando llegaron a la quebrada la niña perdió uno de sus zapatos. La señora estuvo a punto de lanzarse tras él, pero un vecino que venía atrás se lo impidió. Son raras las cosas que pueden importarte cuando pensás que se acaba el mundo.

El antiguo centro de jóvenes era enorme. Frente al complejo había una estatua de la virgen María construida con pedazos de azulejos de distintos tonos. El lugar había sido abandonado hacía más de veinte años bajo condiciones que nunca fueron esclarecidas. Sin embargo, alguien pagaba a un antiguo trabajador para fungir como vigilante durante las noches. Era un hombre viejo y de pocas palabras. Nos recibió en el portón y nos llevó al edificio principal que tenía muchos cuartos y salones. En el piso había vidrios rotos y estaba cubierto por una capa de polvo espeso que probablemente no habría podido ser removido ni siquiera por las campañas intensas de limpieza que mi mamá dirigía en mi casa antes de cada fin de año. No faltó quien, a pesar de nuestra condición de refugiados,

hiciera una mueca de reproche por el abandono en que se encontraba el edificio. Nuestro guía, como adivinando estos pensamientos, dijo que le pagaban para vigilar y no para hacer limpieza. Las familias se dividieron por todo el edificio. Mi mamá ayudó con una cocina improvisada, donde todos trataban de combinar la abigarrada colección de comida que logramos llevar hasta la cima del cerro. La lluvia siguió después de la cena.

Los adultos decidieron armar dos rondas de vigilancia. Una ronda sería en el edificio para evitar cualquier disturbio entre los vecinos que probablemente sumábamos más de cien. La otra ronda sería para acercarse a los bordes de la aldea y monitorear cómo crecía el río. A mi padre le tocó el primer turno para volver a la aldea. Temí las profecías de mi vecina, pensé en la gente que se pierde en distintas catástrofes naturales. Mi madre también se preocupó, pero mi padre cumplió con su misión. Fue una de las pocas veces que vi a mis padres besarse en la boca.

Mi vecina profeta contó historias toda la noche. Nos contó que el centro había cerrado cuando el sacerdote que lo inició fue asesinado y que su espíritu a veces rondaba los pasillos por la noche. Luego dijo que no estaba tan segura si por eso fue en que en verdad cerró el centro, pues alguna vez también le llegaron noticias de que fue debido al suicidio de uno de los

chicos; un joven, añadió, que probablemente vivió en uno de los cuartos dónde nos quedaríamos. Nadie durmió esa primera noche en el cerro.

Mi padre volvió a la mañana siguiente y lo recibimos como a un héroe. Por las noches escuchábamos cómo el huracán arrasaba con todo. Hubo un momento en el que anunciaron que el huracán estaba por dejar el país, pero sin que nadie pudiera explicarlo, decidió quedarse, moverse lentamente y estirarse dos días más. Yo recordé mi libreta roja y pensé en mis apuntes de la clase de la primera comunión, recordando cómo Noé logró salvarse del diluvio. Hice una nota mental a favor de mi teoría de que el mundo no se acabaría en esos días.

Por la radio escuchábamos cómo el río en Tegucigalpa arrastraba electrodomésticos de las tiendas que se desplomaban por la corriente. Algún vecino trató de animarnos. proponiendo una pesca de los muchos artículos que nadie tenía en su casa, como licuadoras o refrigeradoras, cuando la lluvia pasara. Nadie dijo nada a su favor, pues no querían parecer frívolos, pero a todos nos hizo ilusión.

4.

Cuando la lluvia cesó por dos días, los adultos decidieron que era seguro volver a nuestras casas. El río nunca llegó a nuestra aldea, aunque el puente sobre

él colapso y nadie pudo ir a la ciudad por unos meses. El mundo no terminó ese octubre, pero cuando el huracán acabó habían muerto casi seis mil personas y desaparecido ocho mil más en todo el país. En mi aldea y los pueblos cercanos aumentaron los casos de malaria. No tuvimos agua potable ni luz eléctrica por muchos meses, pero nos sentíamos aliviados por haber sobrevivido. Unos meses después aprendí más sobre la esperanza de vida y sentí que mi vecina tomó la delantera en nuestra disputa sobre el fin del mundo.

Un canadiense convenció a muchas personas en Tegucigalpa de construir un albergue temporal, cerca de mi aldea, para personas que perdieron sus casas por el huracán. Así tuvimos de vecinos a doscientas familias que habían perdido todo en la capital y que nunca habían vivido en el campo. Cuando llegó el 2000 tampoco acabó el mundo. Las familias del albergue construyeron doscientas casas y formaron una nueva aldea, la cual llamaron Nueva Esperanza. Años después, cuando mi padre se fue, nosotros nos mudaríamos a esa nueva aldea.

Aunque hoy, nuestra disputa se resume en un empate, ni mi vecina ni yo hubiéramos podido prever cómo cambiarían nuestras vidas después del huracán y de ese fallido fin del mundo.

[*JAPI AWER*

Josué Andrés Moz]

If you got bad news,
you wanna kick them blues;
cocaine.

Eric Clapton

Afuera suena lusingmaireliyion de Arr-i-em. Acá adentro sólo llega el sordo rumor de la rolita y arden las moscas atrapadas en el basurero. Alguien golpea la puerta con desesperación.

He pensado esto como el inicio de una película de mediano presupuesto: las paredes son azules, muy azules, pintura de aceite, el foco del baño es rojo, parpadea y está rodeado por una redecilla de alambre. Yo orino enérgicamente y muerdo la bolsita nueva que debería pesar un gramo. Cesa el sonido del agua y hay un acercamiento lento hacia la llave. Luego enfoca la nariz, falla por tres segundos la luz, aparece el sonido de inhalación: es necesario que este sea idéntico al de la droga en requiemforadrim. Vuelven a tocar la puerta. Abro y la música participa con claridad.

Afuera me ven dos tipos delgados y eufóricos, los espío de reojo, me lavo las manos y cruzo la cortina. Acá, hay un plano secuencia que dura aproximadamente cuatro minutos, con cámara apuntando a espalda y acciones típicas de bar. Como saludar a alguien que no resultará relevante para el resto de la historia, colocar dos monedas en la rocola, elegir canciones que pretendan simbolizar algo importante para la trama, comprar cigarros a la anciana de las rosas y caminar al fondo del lugar. Retiro una silla y ofrezco uno de los cigarros a la mujer delgada al otro lado de la mesa, ella lo toma y rechaza

que le acerque mi encendedor, saca el suyo y me recuerda que nos van a cerrar el supermercado.

Ahora descarto la idea del plano secuencia para hacer un corte en el que asisto rápidamente al baño junto a ella. Otro en el que dejamos una moneda de dólar al mesero que nos presentó con el díler. Arranca entonces un último plano con ella caminando a mi lado sin tomarnos de las manos, suenan Los Ángeles Azules y el vigilante del lugar cierra la puerta detrás de nosotros. Agudo sonido de bisagras. Un golpe seco del metal. Todo negro.

*

Al principio pensé en colocar estas flechas en pantalla emulando el tiempo transcurrido,

►►

luego jugar con la idea de que adelantamos demasiado la historia y colocar el rebobinado. Entonces, acá se vería un reducido quirófano a todas luces insalubre, luego herramientas médicas, una mesa de metal, dos tipos con mascarilla de tela verde, una mujer desnuda en camilla,

◄◄

retroceder, retroceder y de golpe pausar,

II

adelantar un poco más y dar pley

▶

Pero al final decidí que la puerta cerrada a nuestras espaldas podría dar paso a la misma puerta de mi casa. Es menos complicado, más Bryan Fuller y menos David Fincher.

*

Acá esto abandona el carácter cinematográfico. Entramos juntos, ella va directo a la pared con libros. Revisa. Me pregunta si he leído todo, si existe acaso algún orden particular, si hay motivos por los cuáles Jorge Volpi esté debajo de Estuardo Prado, o si tengo razones para colocar a Benedetti por debajo de Walt Whitman. Le digo que los tengo así por el tamaño y para ahorrar espacio. Me mira como si eso no tuviera sentido o la respuesta no fuera suficiente. Enciende el televisor.

Abrimos la botella de ron que pasamos a recoger al supermercado. Colocamos cada uno tres cubos de hielo y acá comprenden que nunca se abandonó el carácter cinematográfico. Pues al dejar caer el ron adentro del vaso, la cámara se acerca al líquido, viene un cambio de luz y es el padre de Claudia quien está frente a ella. El señor en camiseta le dice suavemente

que es una puta, que ya sabía que ese su novio la iba a dejar embarazada y que en ningún momento se le ocurra volver a casa sin haberse sacado ese bichito hijueputa. Que él no vuela verga para mantener a los hijos de otro y que, si quería, que se fuera por la misma puerta que se fue su nana.

Cae el vaso sobre la mesa, ya no hay hielo, es mi mano la que ahora lo levanta. Veo a Claudia y le pregunto que qué ondas y me dice que pensó en una pendejada, que no hay problema. La botella está a medio beber. La elipsis debería resultar interesante; este no es el caso. Me dice que siempre le he parecido demasiado arrogante, que todos en el colcenter deben pensar lo mismo y que, aunque no dijera nada sobre querer ser escritor, se me notaba a kilómetros cuánto deseaba algún día tener suerte y pegarle a algún certamen, aunque fuera de los baratos, de esos en que los premios son cincuenta dólares, que la falsa modestia no me quedaba y que yo no sabía cómo darle paja para que ella me creyera la humildad. No supe qué decirle. Ella rio y dijo que precisamente por eso le caía bien. Que conocía a varios "del medio". Yo encendí un cigarro y pensé en mi padre. Como soy quien escribe esto, también sé que ella otra vez pensó en el suyo. No hubo ningún beso. No hay a continuación una escena con desnudos injustificados. Me pidió un cigarro y me dejó que se lo encendiera. Ella tenía otra bolsita de

coca. La cámara enfoca el exterior de la casa. Luces encendidas. Parpadea el televisor.

*

A la mañana siguiente me preguntó que cuánto sería de mensualidad y si realmente no iba a tener problemas con mi familia. Le expliqué grosso modo sobre mi hermano y las remesas y el hecho de que mi mamá iba a saber entender si algún día decidía visitarnos. Me dijo que no quería deberle nada a nadie, que no pensara en obtener favores sexuales y que necesitaba que le cobrara. Le respondí que ya sabía eso, que fuera por sus cosas y en la noche hablaríamos de un precio. Acordamos cuarenta dólares al mes, un doce pack de cerveza cada quincena y la distribución de la limpieza. Parecía contenta con el trato. En el primer mes fue sacando poco a poco sus cosas de su antigua casa, siempre en horarios en los que su padre se encontraba trabajando.

Ese primer mes también dejó ochenta dólares encima de nuestra librera.

*

Durante las primeras tres quincenas asistimos con regularidad al *Japi Awer.* No hace falta explicar que este es el mismo bar del inicio. Lo que puede ser necesario, es relatar que unas semanas atrás habíamos salido a tomar el breik, la había visto por las gradas, sabía que fumaba y escuché por boca de Cristina que

tuvo problemas con el supervisor. Me acerqué a ella para pedirle fuego. Yo tenía mi encendedor guardado en el pantalón. Ella me vio como sabiendo que todo era una excusa para hablarle. Me vio como si supiera por adelantado que le preguntaría cómo estaba, si no tenía miedo que la echaran del col. Por ello se adelantó a decirme que Félix es un pendejo, que por cerotes como él las bichas no confiaban en nadie. Encendí otro cigarro, tenía razón. Platicamos unos minutos y acordamos no esperar el transporte de salida por la noche, pedir un uber hacia la Zona Real y tomarnos un par de cervezas. Las semanas siguientes recorrimos distintos bares hasta toparnos con el *Japi Awer*, supongo que porque ahí encontramos a seis dólares el gramo y porque parece que no es un nombre tan horrible para un cuento.

*

Una noche en la que regresé tarde a casa, porque como es natural no siempre volvemos juntos, la encontré vomitando en el baño. Ella dijo que se le habían pasado las cervezas, yo le dije que no quería meterme pero que era el embarazo. Evidentemente no hubo ninguna larga discusión sobre espinitas morales de cajón. Le conté que tenía contacto con una amiga que utilizó una clínica clandestina. Le escribimos a guatsap y nos informó que no costaría más de

trescientos dólares y que por lo menos a ella, no le fue tan mal.

*

►►

Esta es la escena que adelantamos hace un par de minutos. Quirófano reducido, paredes de piedra picada, bastante insalubre, luego un juego de herramientas metálicas que ustedes desconocen, dos tipos con mascarilla de tela verde y Claudia desnuda en la camilla. Afuera, Yessenia y yo esperábamos a que saliera. Pasaron un par de horas. En ese tiempo caminé al final del pasillo, hacia las pocas ventanas que había en el lugar, fumé porque parecía estar permitido y regresé a platicar con Yessenia, para luego levantarme y volver a fumar. Los trescientos dólares valieron la pena. Claudia no había muerto durante el aborto y había salvado a alguien de venir a morir lentamente en las infértiles entrañas de este paisito de mierda.

*

CRÉDITOS-CRÉDITOS-CRÉDITOS-CRÉDITOS-
CRÉDITOS-CRÉDITOS-CRÉDITOS
CRÉDITOS-CRÉDITOS-CRÉDITOS-CRÉDITOS-
CRÉDITOS-CRÉDITOS
CRÉDITOS-¿LLANTO POR NO HABER OBTENIDO
JUEGOS FLORALES?-CRÉDITOS CRÉDITOS-

*

Escenita poscréditos

Me encuentro sentado en el *Japi Awer*, la luz azul de la rocola me golpea el rostro. A Claudia la echaron del colcenter luego de no poder asistir a trabajar por las complicaciones de la operación. Ahora está bien. Para tranquilidad de ustedes les cuento que no volvió a ver a su exnovio y mucho menos volvió a casa de su padre. El viernes pasado me dio las gracias, me dijo que tenía casa donde su tía, tomó sus cosas, me dejó otros ochenta dólares y se fue.

Ahora suena Eric Clapton, escucho a todos repetir su *shisdonlai shisdonlai shisdonlai coquein* y pienso que el epígrafe cumplió con su papel de prometer otro tipo de historia. El verdadero epígrafe de este cuento bien pudo ser algunos versos de "El viaje inútil" de Lydia Nogales, pero ya no hay nada que hacer.

Ahora hay cámara aérea, vista panorámica de todo el bar, gente caminando, luces danzando, alguien lavándose las manos. Me levanto a pagarle al mesero, la cámara hace un lento acercamiento hacia el cigarro que dejé encendido en el cenicero. No lo sé, esto bien podría ser una obvia metáfora visual. No importa. La cámara se queda pegada al cigarro hasta que este se apaga.

Deja de sonar la rocola.

[EL AGRIO OLOR DE SU PIEL

Hugo G. Sánchez]

Vos me pariste puta, pendeja y pobre, pero no traidora, va, y por más ganas que tenga de dejar al cabrón para irme a la mierda con mis bichos, no lo voy a hacer. Es la vida que me ha tocado y le voy a hacer huevos. Así como eramos nosotras, va, que nos tocó dormir hasta debajo de la cama de aquel puterio en que te ganabas las tortillas. Soy de plan y ladera.

Te acordás que me metiste en el ceso que podía salir de la mierda en la que nos revolcábamos como cuches. Que el estudio, que la escuela, que no me acercara a los muchachos, que no saliera a la calle, que regresara corriendo al mesón, que no platicara con nadie. Usted me jodia con todo eso; pero nel, solo jugó con mi mente. De esto no sale una ni muriéndose.

Le paso, viejita, que me haya metido esperanzas antes, pero ahora no hay poder que le gane a la bestia. Yo no tengo ni fe de que mis cipotes rompan esta cadena. A los dos varoncitos les queda seguir a tata, tal vez lleguen donde él no pudo o puede que me los maten antes. No crea, me duele aquí, en el mero pecho, pensarlo, pero uno tiene que tirar líneas siempre, va. Somos de la santa muerte y ella siempre se lleva lo suyo.

Antes de que las ranas o los azules se los palmen, van a tener que tentar alguna vieja, aunque sea de esas que ni la regla les ha bajado, sin pelos en el mico, va, así como el Cusuco me agarro, me entendés.

Ningún cabroncito se puede ir sin ser hombre, es lo único que se llevan, pero ojalá que estos bichos sean más gente y menos animales que su tata. Neta que eso quisiera.

Es que bien clarito me acuerdo cuando me llegó a traer el maje con el Pajilla y el Purolove al cuartito que alquilabamos en el mesón. Más clarito tengo en el seso cómo me dijiste que me fuera con él, que si no nos iban a matar a todas ahí mismo.

¿Vos te acordás cómo me quebró la trompa con el culo del *cuete* cuando le dije que no quería ser su mujer y cómo después me arrancó el *bluejeans* y ...? Qué ondas ahí, ¿se acuerda?

Neles, va. Si estabas muerta del susto por mis hermanitas, había que salvar a las princesitas del ogro malo y darle su premio para que no jodiera más, te faltaron huevos, mi ruquita. ¡Qué bonitas nos íbamos a ver abrazadas todas en un charco rojo!, nos hubieran enterrado en el mismo hoyo, mientras nos cantaban aquellas rancheras de chupadero que tanto te gustaban.

*

Los gritos se agolparon en su cabeza. El sueño la abandonó y pasó buena parte de la madrugada tratando de recordar si los lamentos estaban en el sueño o se colaron desde afuera. No lo supo con

certeza, pero intuyó que tenían algo que ver con su marido. Estaba por cumplirse el tercer día de su partida, el momento del retorno se acercaba.

No era la primera vez que el Cusuco se embarcaba en una misión para golpear a sus enemigos, para dar una *pegada*. Ella creía con fervor que la guerra, esta guerra, solo necesitaba hombres de dos categorías: valientes y pendejos, y su marido entraba en ambas.

—Podrá ser medio sonso para manejar las bolas o mandar a los *postes*, pero se agarra bien los huevos cuando hay que quebrarse a cualquier hijueputa, va. El pedo es que así de rápido como le jala al mortero acaba adentro y con el pulso que pega tiros, pega hijos, pero ese es otro pisto— bromeó alguna vez estando a solas con otras mujeres del barrio; después entendió de mala manera que no debía confiar en ellas.

Le pidió a su hombre que volviera entero, que se cuidara las espaldas, que se asegurara de dejar atrás solo el plomo y que no confiara ni en el fuego amigo.

—En el *meeting* todos son tus perritos, va, pero allá afuera solo el Cristo, su madrecita santa y la Bestia te cuidan el culo, me entendés— susurró al oído del Cusuco antes de despedirlo.

Las advertencias no eran en vano, la estructura estaba en un momento en el que cualquier movimiento o la muerte correcta lo pondría por fin en el liderato, lo

haría el hombre que lleva la palabra. La mujer pensaba que se lo merecía, que era mejor que el resto, que sus cicatrices eran las únicas credenciales que valían.

—Estos monos cerotes ni callo les ha hecho el gatillo en el dedo y ya se creen la verga del diablo en salsa, *buxo* ahí, va, que estos quieren trepar más rápido que un chancro de puta— le dijo al Cusuco y después lo dejó ir.

***

Lo que sí me cuesta tragarme y ya dejando el reclamo, mamita, es saber que a las niñas les espera la misma vida mierda que yo he vivido. ¡Porlagranputa!, ojala que sean feas las morras cuando crezcan para que estos perros no se fijen en ellas, man. Vos sabés que solo somos carne y sirvientas, nanas y mulas de sus mierdas o, como vos decias, dos hoyos para meterla y dos manos para atenderlos.

Aunque a mí no me cantó putas del todo con el Cusuco. Cuando me levantó del cuarto, yo iba con el mico sangrando y con un gran miedo cabrón. Ya estaba resignada a morirme a balazos, va, o por la gran cogida que me iban a dar todos los bichos.

Más panicón me entró cuando vi todo lo que le hicieron a la Flor, ese mismo día el Purolove la sacó de su casa y no le anduvo con mierdas.

Nos llevaron a la *destroyer* que tenía salida al barranco, nos metieron a un cuarto que apestaba a *miados* y a mierda, una chuquilla a muerto se sentía en el aire y se pegaba en el pellejo.

Yo no sé cómo es que no le sacaron las tripas a la pobre bicha de tanta metedera de mona que le tocó. La amarraron a un balcón, los tres platos le tocaron y casi que con cada puyón le daban un vergazo. Lo triste fue cuando usaron las botellas y palos. Antes de que terminaran ya estaba medio muerta, ya solo era un trapeador la pobre flor.

Ni la remató el maje. El Purolove no espero que se terminara de morir para hacerla pedazos con una pulidora, guardó las chiches en un tarro con alcohol, un cebo bien feo se veía flotar en guaro, y al tata le mandó los ojos, quien sabe para qué putas. El resto del cuerpo se lo llevaron envuelto en sábanas, creo que a tirarlo al pozo aquel que un viejo loco de la Fiscalía escarbó después.

Quien la cagó ahí fue el ruco de la Flor, va. El viejo pendejo amenazó al Purolove con llamar a la jura si seguía buscando a la cipota. La bicha quería con el maje, pero con el salveque del tata se le metió el diablo, vos me entendés.

Después era mi turno, pero el Cusuco me preguntó si prefería ser su mujer o acabar como la Flor. Claro me dejó que de un plomazo me iba a despachar y

que en la noche iban andar mis pedazos en la trompa de los perros hambriados de allá por el rastro. No fui pendeja y aquí sigo.

Sabés, viejita, he terminado queriendo al hijueputa. Bueno, querer es mucho decir, pero le soy leal, por mis hijos o eso me digo para no sentirme tan mierda, va.

***

La mujer llevaba dos días encerrada en una cueva cavada en el paredón de un barranco, tenía apenas un par de tubos plásticos que llevaban ventilación del exterior, barriles con agua, un foco, un ventilador y una letrina improvisada.

Las medidas de seguridad para cada una de las familias de los hombres que salieron fueron las mismas: un par de horas después de la partida se refugiaron en las casas de seguridad o en las cuevas. Debían llevar la comida necesaria para permanecer al menos una semana encerrados, sin televisión, radio, teléfono, ni luz por las noches.

Nadie podía salir y los niños debían ser medicados para tenerlos bajo control. Cuando los hombres regresaran, serían movidos a otra localidad bajo dominio de sus iguales para borrarlos del mapa por un tiempo, hasta que la Policía se aburriera de buscarlos o hasta que algo peor pasara.

Habían aprendido que la familia era un punto débil que las autoridades trataban de aprovechar. Si los hombres no eran vistos en días, comenzarían a sospechar, a preguntar, a catear casas y casi siempre salía un *criteriado* o una *peseta* de esas redadas.

A varios kilómetros de distancia de la mujer, el Cusuco comandaba a nueve *bichos*, era el más viejo, el que más muertos cargaba y al que su breve pasado guerrillero le permitía saber cómo manejar a los hombres en el terreno.

*

Mamá, ¿se puede querer a hombres como este? A mí no se me olvida que me violó, que me ha dado verga cuando le ha roncado el culo, que hasta me ha ofrecido a sus *homeboys* cuando chupan en la casa. Sé que el cabrón es capaz de matarme en cualquier rato de cólera, aunque cuta no soy y también estoy dispuesta a trabonearlo si me toca a los niños.

A veces me da cosa, así de sentirme agüevada, como triste porque no encuentro un rato de alivian entre tanta mierda. No sé ni cómo me trabó los cuatro bichitos el vato, me descuide, y no tuve más porque me mandé a sellar la fábrica en la última parida, pero shhhhh, que si el maje se entera, me mata. El piensa que diosito ya no quiere darnos más hijos. Pero sabe, de ellos es de lo único que no me arrepiento.

La vez pasada la niña mayor llevaba escrito un poema en su cuaderno. El profesor les dejó de tarea que se lo leyeran a sus tatas. Ella ya puede leer, no como nosotras que ni la 'a' sabemos.

Su vocecita me suena en la cabeza y me acuerdo que decía: "Porque no hay héroes posibles / cuando la tempestad ocurre / en un oscuro mar de mierda". Con todo y lo pendeja que soy, creo que entendí lo que quería decir.

Lástima que al profe ese le quebraron el culo despuesito, los morros contaron que andaba hablando mal de los bichos y le dieron luz verde. En la tele salió que nueve tiros le dieron, el Cusuco me dijo que fueron 10, va, que los contó bien y que él le dio el último en la nuca. El Mongo lo mandó.

Le voy a decir que a huevo he aprendido a tenerle cariño, aunque suene bien pendeja. Es lo único que me queda por hacer, es eso o morirme y que mis hijos queden en sus manos. Creo que una como vieja quiere con la cabeza y no con los huevos, como los hombres. Y para llevarla al suave me imagino que soy como una actriz de novela, es mi trabajo y me pagan con más días de vida junto a los niños. Creo que me parezco a la Marimar.

*

Los niños y la mujer eran devorados por los mosquitos que se habían colado en el escondite. Cuando el silencio y la abstinencia del cigarro acababan con la paciencia de ella, las ramas y láminas que cubrían la entrada fueron movidas. Antes de que alcanzara a tomar el machete que tenía a su lado, escuchó el santo y seña con el que se tenía que identificar su marido, el sosiego se le instaló en el pecho.

Lo palpó en la oscuridad, reconoció el agrio olor de su piel, las marcas de guerra en su rostro. Se desnudaron y se revolcaron en el piso. Los niños seguían durmiendo, la escopeta y la pistola Smith & Wesson de 9 milímetros el Cusuco reposaban también junto a ellos.

Los nueve bichos que el Cusuco comandó también estaban ya escondidos. En su camino de retorno habían dejado varios cuerpos regados. En unas horas, el país se sacudirá con la noticia de los muertos, unos jornaleros que encontraron en territorio enemigo.

Mientras la mujer le mamaba la verga al hombre antes de dormir, pensó que sus hijos merecían otra vida, se convenció de ello. Terminó y buscó bajo la colcha la foto de su madre muerta, le siguió susurrando.

[LA BODA

Paty Trigueros]

Aunque haya logrado llegar a tiempo, puntual, al hotel, Margarita no logró la entrada que quería. No había calculado el tiempo que le demoraría llegar hasta la capilla, consciente del calor en la piel y del ruido de sus tacones. Al no más llegar y tropezarse, Margarita reajustó el escote de su vestido negro y se regañó a sí misma en voz baja. Nunca había venido a una boda aquí, pero trató de ubicarse; las bodas son al fondo, por allá adonde están las ruinas coloniales y hasta el final está la capilla, en la que se casa la gente. Ahora tenía que correr; pasó del primer pasillo al lobby, y del lobby a una primera terraza en la que desembocan plantas que vienen a besar unas bancas, y le costó encontrar el sendero que te conduce hasta la capilla; este hotel, sin lugar a duda, debía tener un mapa… ¿Y cuánto costará una noche en un hotel así? Al poner un pie dentro del recinto acomodado para bodas lujosas, supo que estaba en el lugar correcto. Cada hueco de las paredes en escombros era un nicho para veladoras blancas, calentando los arreglos florales con su luz dorada. Margarita desaceleró su paso, se arrodilló para persignarse, y ojalá la gente no se dé cuenta de que está fingiendo. Quizás agregaría el drama de hincarse, cerrar los ojos y volver a ver hacia abajo… o no, mejor no. Se quedó con el hincado a medias de muchos católicos de formación, pero no de convicción; se apresuró para instalarse en la banca, con una mordida

en el labio y el reflejo de morderse las uñas, rapidito, antes de que sus manos se fijaran en la posición incómoda de los sentados en iglesias. La próxima vez se saltaría la misa. La próxima vez, se tomaría un aperitivo (cualquier trago, en ayunas, relaja). La próxima vez... Bueno, esta vez encontró un lugar a la par de su prima, y tosió para limpiarse la garganta antes de saludar con gestos y labios a Karla y a su esposo, un ¿qué tal? muy sincero y muy mudo. Aún le picaba la garganta, se tapó la boca para toser más y llevó su mirada hacia el frente. Todo brillaba (eran las ruinas mejor vestidas en la historia de la arquitectura colonial, de seguro) y las incontables candelas alumbraban las espaldas y hombros de los invitados, un mar partido en medio. Los novios se sentaban a la cabecera del panorama, pero Margarita no alcanzaba a ver cómo lucía Claudia en el vestido por el que se decidió al final, ni lograba distinguir si el novio se miraba feliz, y el calor debe crecer cuando eres el foco de atención de las candelas elegantes, en los brazos de flores quietas, puestas solo para ser admiradas. Era precioso, la verdad; y qué vergüenza. Qué pena llegar tarde a la boda de tu amiga. Margarita resistió las ganas de bajar la cara y quedársele viendo a sus pies, y así permitirse no escuchar nada de lo que decía el padre. No quería hacer tan evidente su apatía. ¿Qué le dejan a uno las misas?

Luego de hacerse a un lado para dejar que Margarita se sentara, Karla, volvió a su inspección. Acostumbrada a este tipo de bodas, no le sorprendía para nada la decoración, ni las flores. Todo muy clásico. Ese vestido morado había sido una buena elección, al final; aunque le quedara un poco ajustado de las costillas. ¿Qué hubiera hecho si hubiese terminado vestida del mismo color que las madrinas? Sentada a la par de su prima, Karla tenía la espalda recta y la mirada colocada al frente y, al mismo tiempo, en cada uno de los invitados; un ojo en los presentes, y otro en los que van llegando. Tiene su ventaja sentarse en las últimas filas: es el mejor asiento para enterarse de quién va llegando, quién va saliendo, quién hace falta y qué momento incómodo se gesta. Siempre hay unas cuantas piezas sueltas, ninguna boda es perfecta. Que el sermón avance, así pasa el suspenso de todo lo que la tiene pendiente de cada accesorio, cada traje, cada peinado; de cada señal de éxito o síntoma de fracaso. Apretó la mano de su marido con la emoción de que estar de nuevo juntos, a punto de comulgar, celebrando otro matrimonio; de esos de lo que no se pueden perder. En una pareja, Karla atesta, las cosas que te importan se convierten en las cosas que le importan a tu novio; pues, a Jorge.

Jorge nunca se tomaba las bodas tan a pecho como su esposa, pero sí participaba en el desfile. Sintió las uñas acrílicas deteniéndolo, e ignoró la

incomodidad. Antes de que se casaran, Karla ya lo mandaba. Nunca supo si era un talento de esta mujer, el poder saber dónde se encuentran los botones de comando, o si era química… pero se sentía como si Karla tenía la mano en la palanca de control, siempre. “Mi amor, tenemos una boda”, Karla enunciaba siempre decisiones ya tomadas. Él a veces le cogía la mano también, pero es cierto que era más el tiempo que Jorge pasaba deseando estar solo que el tiempo que pasaba deseando a su esposa, su Karlita. Descansó su mano en sus piernas y tragó saliva. Aun con el calor y la sed dentro del saco, Jorge apreciaba algo: lo más cómodo de ese atuendo es cómo hace que él desaparezca. Se vuelve intercambiable, invisible. Poco a poco van desapareciendo los rastros de lo que fue, y siempre prefirió mejor no hacerse muchas preguntas. Son largas las bodas, y larga la lista de espaldas conocidas, que se van moviendo acorde de la homilía, oremos.

Al descruzar las piernas para ponerse de pie, Amelia sintió más el sudor de sus muslos. Escaldarse era una preocupación real, sobre todo en esta época húmeda. Había olvidado esa condición de usar vestido, desconocida para mujeres cuyos muslos no se tocan. Todos actúan como si es lo más cómodo del mundo, esto de no tener un pantalón con bolsillos, y andar en tacones. Al parecer es el precio a pagar por ser parte del ejército de padrinos y madrinas, producidos en masa y repartidos en las iglesias de la región. ¿Quién es quién?

En los saludos de paz que se empezaban a repartir, Amelia supo ignorar sus quejas. Pesaba más su deseo de pertenecer, sellado con la sonrisa amable, parte de su maquillaje que quedaría en la mejilla de Carlos.

Carlos dominaba ese momento a la perfección. Un apretón de mano si es hombre, y un medio abrazo si es mujer. Si fuesen sus parientes, les daría un abrazo cálido. ¡Como lo quieren a él, las familias! Era el yerno perfecto, pero estaba mejor así, al margen, solo. Para aguantar a una mujer, debe estar lo suficientemente buena como para que valga la pena, y le extendió su mano al vecino.

No le habían dejado de sudar las manos. Ese apretón fuerte de manos había sido innecesario, pero además fue un reto, al cual, ni modo, Tomás respondió con mirar a Carlos a los ojos, antes de volver a fijar su atención en Valeria; tan chula.

Al momento de hincarse, Valeria sonreía con la boca, sin mostrar sus dientes, para completar la farsa. Se volvió a sentar con gracia muy calculada, y, al abrir los ojos, reconoció, de nuevo, que ella no era parte de las damas. La imagen diáfana de *las demás* amigas de la novia se lo recordaba y no podía sacudir la molestia. No es la atención que merecía, pero encontraría alguna distracción efectiva.

Para Diego era difícil seguirle el hilo al cura, y a la misa, y cumplir con su deber de padrino, pero es que

todo era difícil desde que cortó. No se le notaban los nudos que tenía en la garganta, el estómago y la espalda. El tiempo solo había hecho el agujero más grande, no se imaginaba otro mes así. Las pérdidas son así, ¿no? Una noche pálida, una mañana frígida; una mesa con tu nombre y una pista de baile sin pareja. Y su amigo casándose, sin saber que las personas extensiones que, después, se amputan. Ya habían pedido limosna y mientras se acercaban con el lazo y las aras, Diego debía permanecer erguido, manos agarradas; mirar al frente, y ya.

A Estela no le tocaba hacer mucho más que cuidar los anillos. Era extraño tener un rol activo, cercano, allí en el altar, como madrina; que a la vez era pasivo. Lo único que Estela podía hacer antes de entregar los anillos era sentirse observada. Sentía el peso de la luz, el maquillaje pegado a su piel, las miradas pendientes, y el acoso de su mente. Ese sentimiento de que algo había hecho mal nunca la dejaba. ¿Habrá dejado la estufa encendida? ¿Las llaves adentro? Y esta vez había dejado a su mamá en el hospital. Dios mío, ¿cómo estará? Vendría el momento del baile de los novios, la cena, los tequilas y, acto seguido, Estela reanudaría la vigilia y las visitas al hospital, sin aparecer en las fotos de la boda de Claudia y Samuel, quienes se acercaron para finalizar el ritual.

Debía quitarse el velo antes del beso, pero ni siquiera lo sentía ya después de las gotitas que le

habían dejado para relajarse. Claudia se había pasado preocupando por todo –todito– por meses, y ya estaba por acabar, sosteniendo centímetros del vestido blanco resplandeciente, para no tropezarse, en cada uno de los últimos pequeños movimientos. Ya nada importaba, no con la seguridad de que difícilmente se había visto más bonita que ese día, sabiendo que había lucido su mejor sonrisa… La satisfacción era la razón de su respiración serena, la cadencia con la que parpadeaba y humectaba sus ojos. Su cuerpo estaba tenso, pero por los meses de gimnasio. El compromiso del que habló el cura era algo que ya daban por sentado: los lazos no solo son difícil de romper, sino que llevan tiempo para forjarse. Años y meses de empeño y entrega, a cambio de la seguridad de que serían, ya, una sola familia. Estaba lista para bailar, dar gracias por venir, besar y posar, tirar el ramo y agotar sus sonrisas. Claudia olvidaba que cuando uno cree solo lo que quiere creer, se alimentan más las ilusiones frágiles. La noche iba a terminar, pero faltaba el desenlace de estas decisiones que amarran a dos personas, cada una con sus ideas de qué está bien y qué está mal. Soltó un suspiro, anticipando que después pasaría ocupada, de mesa en mesa, pendiente de cada una de las personas que ella había reunido, que no estarían allí si no fuera por Claudia, su mérito; oficialmente esposa de Samuel.

Samuel, el novio, allá en el altar, no sentía la brisa que entraba por los huecos de las ruinas. Las

perlas de sudor caían, él sabía de que, de quitarse el saco, dejaría ver huellas de sudor. Seguro era normal, esto de sudar y estar empapado. No puede ser el único novio en la historia de Centroamérica que sude así, o quizás sí; ya ni sabía qué pensar. Se fue poniendo peor, y creía que había exacerbado el olor a alcohol. Los dos *six-pack* del día habían hundido sus nervios, pero también su ánimo. ¿O habrá sido el tequila? ¿O el cúmulo de todo? Sus padrinos estuvieron allí para él, así como él había estado o estaría para ellos. Son el empujón necesario, la pega que los detiene, y el escape que siempre tendrán. Era raro, eso de estar de pie, pero no sentir apoyo; con temor a acercarse más, con ansias de volver atrás. Y los recuerdos estaban lejos de estar ahogados por el trago, tocando el borde de su consciencia en el momento menos oportuno. Un momento de debilidad, y habría salido corriendo. Ver a Claudia lo había conmovido, pero no lo había hecho trasladarse fuera de la presión y atención que hacía todo más difícil. El sudor no era la única distracción, pero permanecía la incomodidad singular a flote; si tan solo pudiera rascarse el sobaco o la entrepierna y sacudirse lo pegajoso. La cerveza había acelerado el proceso de arreglarse y de no pensar en la cantidad de plata que se esfuma en cada traje, cada arreglo, cada momento de la coreografía de los novios. Una vez allí, ya arriba, debía confrontarse con el sentimiento de complacencia. Entregarse a que, bueno, esta iba a ser

su vida de ahora en adelante. Pero allí estaban los recuerdos, y Samuel sabía que ella estaba sentada, del lado de la novia, al fondo, seguramente, por esa manía de llegar tarde a todo. Debía aflojarse la corbata y brindar, y dejarse ir . Claudia era definitivamente la chica indicada, con quien ya habían tejido una vida, soportes sin los cuales él se caería. Y lo de Margarita y él, de todas formas, había sido hace tiempo atrás. Había sido, mas no avanzó. Podría jurar que no había cambiado nada, que en ese vestido negro ajustado en el que se acercaba para comulgar como todos los demás, estaba aún su peculiar modo de ver y besar. Allí están esos muslos y esos labios y el secreto de la coquetería fina de, ay, aquellos tiempos, ¿verdad? Quizás en lo oscuro, cerca de los baños, al final de la noche, Samuel podría al menos tratar de afrontar a sus fantasmas.

[SIMBIOSIS

Ricardo Hernández Pereira]

El búfalo está ahí, con los ojos cerrados, con la mandíbula en movimiento, rodeado de pequeñas aves que saltan en su lomo, orejas y párpados. Al búfalo se le ve complacido. Tiene los ojos entrecerrados, como si la presencia de aquellos pajarillos que picotean cada uno de sus rincones,le deleitara. Te veo y te digo que ese sos vos, así, y yo soy los pajarillos.

Abrís los ojos y volteás a verme.

Te da risa.

En la siguiente escena,un hipopótamo camina dentro del agua. Se pasea despacio, con parsimonia, como si practicasebalé, y pasa exactamente lo mismo que con el búfalo, pero con la diferencia de que todo sucede en las profundidades deaquelestanque. Un cardumen de barbos lo persigue. Le dan alcance y lo besan. Sí, lo besan. Posan sus bocas por todas partes y se dan un festíncon los bichos que éste carga en la piel. Ambos disfrutan de ese contacto, de ese encuentro íntimo: se satisfacen.

La secuencia, de algún modo, me pareceerótica. Te veo y te digo que vos sos el hipopótamo y los barbosson las*otras personas*, pero te hacésel maje y fingís que no me oís.

En otra escena,aparece el pez payaso y la anémona. El narrador,con acento español, habla de la simbiosis, del papel que juega la hembra y el macho en la reproducción de su especie y en la supervivencia de

la anémona. *"…las exigencias que debe cumplir el macho son muchas para estar a la altura de la hembra…"* dice,*"…existe el riesgo de ser expulsado y remplazado fácilmente por otro macho que no solo procurará la supervivencia de la progenie, sino que satisfacerá mucho más a la delicada anémona…".*

Entonces, fingís que querés ver otra cosa.

Cobarde, pienso.

Te dejo cambiar de canal, pero en todos estánpasando el mismo programa de fauna salvaje. Y me imagino a ambos, de pronto, siendo personajes de un pequeño cuento de ficcióny que pudiéramos estar siendo leídos por otras personas que repiten nuestro mismo patrón, el mismo mutualismo, la misma cobardía, porque yo también soy una cobarde por no tener la valentía de dejarte. A pesar de las sandeces que decís, del chorro de idioteces que a vecessalen de tu boca, de tu orgullo maldito, necesitás de mí y yo de vos, de tus buenos ratos, de este techo y de tu cobijo. No sé si es amor. A lo mejor sólo sea mutualismosimple y llano, y de que, a nuestromodo, compartimos el cómico sufrimiento de la vida que nos tocó vivir.

Ahora dormís.

Apago el televisor. Levanto el ceniceroyel porroque queda sobre la mesa. Boto las latas de cerveza. Tiendo la ropa. Lavo los trastos.Enjuago el fregadero porque a veces se tapa con los residuos decomida.Froto los

cuchillosy recuerdo, de improviso,la escena del pez payaso y la anémona: *"...las exigencias que debe cumplir el macho son muchas para estar a la altura de la hembra... existe el riesgo de ser expulsado y remplazado fácilmente por otro macho que no solo procurará la supervivencia de la progenie, sino que satisfacerá mucho más a la delicada anémona..."*.

Te veo durmiendo con la cabeza de lado y con las greñas recogidas. Tenés una expresión extraña, como de agotamiento. Me dan ganas de besarte. Lo confieso: siempre me ha parecido bonito verte dormir así.

DEKÁLOGO TRCHNBZR

1. *La literatura es inservible, pero también es imprescindible. Un cóctel molotov lanzado a un grupo de policías armados siempre es más efectivo, y hace más bien, que escribir un libro. La solución, desde luego, es alternar una actividad con la otra y no mezclarlas. Se sugiere aprender de memoria el prefacio de Wilde a* El retrato de Dorian Gray *mientras se elaboran los cocteles.*

2. *Toda literatura es un palimpsesto.* No hay nada nuevo bajo el sol*, dice el Eclesiastés. La única escritura posible se realiza desde los hombros de gigantes o desde los enanos que estuvieron subidos también a esos hombros. Desde los de Homero, por ejemplo, Joyce vio sus veinticuatro horas en Dublín y desde los de Faulkner se hicieron todos los libros tempranos del* Boom*.*

3. *El ego es una ilusión occidental. El último autor de toda obra literaria es el Tiempo. ¿Se imaginaron los sacerdotes maya-quiché que su libro sagrado sería leído exclusivamente por estudiantes de secundaria? ¿Quién escribió el Quijote: Cervantes o Pierre Menard? ¿A quién le importan realmente estas cosas, aparte de a los historiadores, antropólogos y filólogos que sobre algo deben escribir sus tesis y artículos?*

4. *Los derechos de autor son una ilusión capitalista. Toda obra literaria debe estar totalmente disponible, todo el tiempo, para todas las personas, a través de medios tanto físicos como virtuales, gratis o a precios mínimos. Las ediciones de lujo son posibles, para satisfacer a los fetichistas y a los usuarios de redes sociales que deseen tomarles fotos al lado de una taza de café. Ver el tercer numeral del decálogo.*

5. *Los géneros y los subgéneros literarios no son más que facilidades didácticas y comerciales para docentes y editoriales, respectivamente. Toda obra literaria genuina es inclasificable o trasciende el género o subgénero que la enmarca o, mejor aún, crea el propio.*

6. *Una obra literaria nunca se termina, sólo se abandona: por cansancio, falta de lectores, desidia, falta de tiempo, tedio, falta de recursos económicos o, infrecuentemente, satisfacción o falta de correcciones y adiciones o sustracciones.*

7. *La longitud perfecta para un texto literario es la ubicada entre lo que el* Shirley Jackson Award *denomina* novellete *o* mid-lenght fiction *(de 7500 a 17499 palabras) y lo que denomina* novella *o* long fiction *(17500 y 39999). Pensar en* Tlön Uqbar, Orbis Tertius, *en* El informe sobre ciegos, *en* Prisión perpetua, *en* El Perseguidor, *en* El perjurio de la nieve, *y ni siquiera*

hemos salido de la Argentina patriarcal de mediados del siglo XX.

***8**. El compromiso social es una ilusión comunista. Las ideas políticas valen menos que la forma y el estilo. Comparar* Rayuela *con el* Libro de Manuel, *o* Taberna y otros lugares *con los* Poemas Clandestinos. *La buena literatura es transgresiva en sí misma y le hace más daño al Sistema que un libro mal escrito, independientemetne de sus buenas intenciones. Déjenle las moralejas a Esopo y a los escritores menores. Ver primer numeral del decálogo.*

***9**. En literatura, la popularidad y la calidad son términos mutuamente excluyentes, excepto en ciertos casos (verbigracia:* Cien años de soledad *o* El nombre de la rosa*, digamos). Por lo general se debe aspirar a la oscuridad, al olvido. Si las futuras generaciones no dejan caer tus textos el mérito será de ellas, no tuyo. Ver el tercer numeral del decálogo.*

***10.** La mejor literatura del siglo XX fue escrita por J. L. Borges, Úrsula K. Leguin, Franz Kafka y Anne Carson. Para el siglo XXI aún hay plazas disponibles.*

TRICHINOBEZOAR
PRODUCTIONS 005

[zenondeelea78@gmail.com]

SAN SALVADOR, EL SALVADOR

NOVIEMBRE 2021